

CRISTO, justicia nuestra



ARTHUR G. DANIELLS

Cristo Justicia Nuestra

Arthur G. Daniells



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Cristo, justicia nuestra

2 - Un mensaje de importancia suprema

3 - Mensajes preparatorios

4 - El mensaje presentado en el Congreso de Mineápolis

5 - 1888 y el mensaje del tercer ángel

6 - El mensaje del tercer ángel en verdad

7 - Una verdad fundamental que todo lo abarca

8 - El peligro mortal del formalismo

9 - La gran verdad perdida de vista

10 - Provisión de una restauración plena y completa

11 - Adentrarse en la experiencia

Apéndice

Cristo, justicia nuestra

Arthur G. Daniells

Título del original: *Christ, Our Righteousness*, Review and Herald® Publ. Assn., Hagerstown, MD, EE.UU., 1972.

Dirección: Walter E. Steger

Traducción: Anónimo

Diseño del interior: Carlos Schefer

Diseño de tapa: Giannina Osorio

Ilustración de tapa: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e-Book

MMXX

Es propiedad. Copyright de la edición original en inglés © 1972 Review and Herald® Publ. Assn. © 2014 APIA. © 2014 GEMA Editores. © 2017 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-078-3

Daniells, Arthur G.

Cristo, justicia nuestra / Arthur G. Daniells / Dirigido por Walter E. Steger. – 1^a ed. – Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: online

Traducción Anónima.

ISBN 978-987-798-078-3

1. Vida cristiana. I. Steger, Walter E., dir. II. Título.

CDD 248.4

Publicado el 23 de enero de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Website: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

En una junta de los integrantes del Consejo Consultivo de la Asociación Ministerial, celebrada en Des Moines, Iowa, el 22 de octubre de 1924, se acordó lo siguiente:

“Aprobado que se solicite al pastor Daniells que prepare una compilación de los escritos de Elena de White sobre el tema de la justificación por la fe”.

Emprendí la tarea encomendada con la participación de mis colaboradores en la sede de la Asociación Ministerial.

En armonía con el objetivo fundamental de proporcionar “una compilación de los escritos de Elena de White sobre el tema”, se llevó a cabo una investigación exhaustiva en todos los escritos del Espíritu de Profecía –que consideramos válidos como pueblo–, en los tomos encuadrados y también en artículos impresos conservados en los archivos de nuestras revistas, que abarcaban un período de 25 años, desde 1887 hasta 1912. Tan amplio era el campo de estudio abierto ante nosotros, tan maravillosas y clarificadoras las gemas de verdad que salían a la luz, que quedé asombrado y sobrecogido por la obligación solemne que descansaba sobre mí de rescatar estas gemas de la oscuridad y ponerlas en un ramillete de brillo y belleza en el que alcanzasen el reconocimiento y la aceptación en la conclusión gloriosa de la labor confiada a la iglesia remanente.

Deseando el consejo y las propuestas de mis colegas, envié por adelantado secciones del manuscrito, para que las leyieran con atención y me hicieran llegar sus sugerencias. La respuesta de mis colegas de todos los ámbitos de la obra en los Estados Unidos ha sido sumamente alentadora y ha sabido valorar la importancia del tema, por lo que se ha recalcado la urgencia de la terminación de

este cometido. Varios pastores me sugirieron la preparación de un capítulo sobre el tema de la justificación por la fe desde el punto de vista bíblico, como introducción a la compilación de los escritos del Espíritu de Profecía. Creemos que esto brindará permanencia al tema, que es de tanta trascendencia para el pueblo de Dios en esta época, y nos dará el respaldo de la autoridad de la Biblia.

La Palabra de Dios presenta con claridad el tema de la justificación por la fe. Los escritos del Espíritu de Profecía amplían y esclarecen muchísimo el asunto. Por nuestra ceguera y la dureza de nuestro corazón, nos hemos alejado de la senda y llevamos muchos años privándonos de hacer nuestra esta sublime verdad. Sin embargo, todo este tiempo, nuestro Dirigente supremo ha llamado a su pueblo a alinearse con este gran principio básico del evangelio: la recepción por fe de la justicia *imputada* de Cristo por los pecados que están en el pasado, y de la justicia *impartida* de Cristo para revelar la naturaleza divina en la carne humana.

Para dar el máximo valor a esta compilación, pareció necesario hacer algo más que simplemente reunir una larga serie de declaraciones misceláneas inconexas. Me pareció necesario ordenarlas y combinarlas, y resultaba fundamental colocarlas en orden cronológico. Además, había que comprender debidamente las circunstancias y los temas acerca de los cuales se efectuaron tales declaraciones. A no ser que se realizasen estas consideraciones, la compilación podría acabar siendo confusa y tediosa.

Un estudio meticuloso y conexo de los escritos de Elena de White relativos al tema de la justificación por la fe ha llevado a la firme convicción de que la instrucción dada presenta dos aspectos de manera fundamental: 1) El hecho grandioso y asombroso de que *mediante la fe en el Hijo de Dios, los pecadores podemos recibir la justicia de Dios*; 2) El propósito y la providencia de Dios, en el envío a su

pueblo reunido en el Congreso de la Asociación General celebrado en Mineápolis, Minnesota, en 1888, del mensaje específico de la recepción de la justicia de Dios por la fe. Este aspecto no puede resultar indiferente para los adventistas del séptimo día, sin que perdamos una lección importantísima que el Señor se propuso enseñarnos. Esta convicción, precisamente, hizo que pareciera necesario incluir en la compilación la instrucción dada en cuanto a las experiencias y las novedades relacionadas con el Congreso de Mineápolis, y de las que han venido después.

En la actualidad,¹ la mayoría de nuestros miembros se han unido a la iglesia después de que esas experiencias se dieran entre nosotros. No están familiarizados con estas, pero precisan conocer el mensaje y las lecciones que estaban designadas a enseñarnos. Por ello, es necesario reproducir al menos parte de la instrucción dada entonces y acompañarla con una breve explicación de lo que sucedió.

Quienes tengan plena confianza en el don profético que le ha sido dado a la iglesia remanente, valorarán mucho la compilación de declaraciones aportadas en esta obra. Pocas de ellas han sido reproducidas desde que aparecieron por primera vez en las columnas de la *Review and Herald*; la mayor parte se perdió de vista tras el número de la *Review* en el que aparecieron. No han sido reunidas en ningún otro documento de forma sistemática y cronológica, como se presenta aquí. Que estos mensajes realicen la tarea a ellos asignada en la vida de cuantos lean estas páginas. ¡Maravillosa es la bendición que el Cielo está aguardando a otorgar!

Arthur G. Daniells

1 Esto fue escrito en 1926. En Mineápolis, la cantidad de miembros de nuestra iglesia rondaba los treinta mil; cuando se publicó la primera edición

de Cristo, justicia nuestra, había más de un cuarto de millón de adventistas en todo el mundo.

“Revestida de la armadura de la justicia de Cristo, la iglesia entrará en su conflicto final” (Elena de White).

“El día de su coronación, Cristo no reconocerá como suyo a nadie que tenga mancha o arruga, o cosa semejante. Pero a sus fieles les proporcionará coronas de gloria inmortal. Los que no quisieran que reinara sobre ellos se verán rodeados por el ejército de los redimidos, cada uno de los cuales lleva esta insignia: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Elena de White).

Cristo, justicia nuestra

Cristo, justicia nuestra es el mensaje más sublime de las Sagradas Escrituras. Con independencia de cuáles sean las formas y las frases con las que pueda aparecer y presentarse este mensaje, el imponente tema central, desde cualquier punto del círculo, siempre es, no obstante, CRISTO, JUSTICIA NUESTRA.

El relato de la Creación revela la sabiduría y el poder maravillosos de Cristo, por quien todas las cosas fueron creadas (Col. 1:14-16). Se narra el pecado del primer Adán, con todas sus horribles consecuencias, para que en Cristo, el postrer Adán, podamos conocer al Redentor y Restaurador (Rom. 5:12-21). La muerte, con todos sus pavores, es puesta ante nosotros para que Cristo pueda ser exaltado y glorificado como Dador de la vida (1 Cor. 15:22). Se relatan los desengaños, las penas y las tragedias de esta vida para que busquemos a Cristo como gran Consolador y Libertador (Juan 16:33). Se presenta con colores chillones nuestra naturaleza pecaminosa y corrupta, para que podamos apelar a Cristo en pos de purificación, y para que verdaderamente sea para nosotros “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:6; 33:16).

Así es en toda la Biblia: toda fase de verdad desplegada apunta de alguna manera a Cristo, justicia nuestra.

La justicia, como tema de vital importancia, diferenciado y perfectamente definido, ocupa un lugar fundamental en la Palabra de Dios. Su fuente, su naturaleza, la posibilidad de que sea obtenida por los pecadores y las condiciones mediante las que puede alcanzarse, son presentadas con gran claridad en ese libro de texto original y cargado de autoridad sobre la justicia.

De la fuente de la justicia leemos: “Tuya es, Señor, la justicia” (Dan. 9:7). “Justo es Jehová en todos sus caminos” (Sal. 145:17). “Tu

justicia es como los montes” (Sal. 36:6). “Tu justicia es justicia eterna” (Sal. 119:142). “Jehová es justo y ama la justicia” (Sal. 11:7). “En él no hay injusticia” (Sal. 92:15).

En cuanto a la *naturaleza* de la justicia, las Escrituras son sumamente explícitas. Se presenta como algo diametralmente opuesto al pecado y está asociada con la santidad o la piedad. “Volved, como es justo, a la cordura y no pequéis” (1 Cor. 15:34, NC). “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efe. 4:22-24). “El fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad” (Efe. 5:9). “Sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Tim. 6:11). “Toda injusticia es pecado” (1 Juan 5:17).

Quizá la afirmación más hermosa y estimulante de toda la Palabra de Dios en cuanto a la justicia sea la siguiente, referida a Cristo: “Has amado la justicia y odiado la maldad, por lo cual te ungíó Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Heb. 1:9). Esto presenta la justicia como la antítesis de la iniquidad o el pecado, lo directamente opuesto a ello.

Así, la Palabra declara que Dios es la Fuente de la justicia, y que esta es uno de sus santos atributos. La cuestión fundamental en cuanto a la justicia de Dios, objeto de interés y trascendencia de enorme alcance para nosotros, es *nuestra relación personal con esa justicia*. ¿Es la justicia, en algún grado, inherente a la naturaleza humana? Si lo es, ¿cómo puede cultivarse y desarrollarse? Si no, ¿hay alguna manera de obtenerla? Si la hay, ¿por qué medios y cuándo?

Para la mente que no ha sido instruida ni iluminada por la Palabra de Dios, este es un problema grande, sombrío y

desconcertante. En su esfuerzo por resolverlo, no cabe duda de que el hombre “se ha complicado la vida” (Ecl. 7:29, DHH). Sin embargo, la incertidumbre y la confusión en cuanto a nuestra relación con la justicia de Dios son del todo innecesarias, porque la verdadera situación es definida con claridad en las Escrituras.

Las Escrituras declaran que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23). Que somos “carnal[es], vendido[s] al pecado” (Rom. 7:14). Que “no hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10). Que en nuestra carne “no habita el bien” (Rom. 7:18). Y, por fin, que estamos “atestados de toda injusticia” (Rom. 1:29). Esto responde con claridad a la pregunta de si la justicia es inherente en alguna medida a la naturaleza humana. No lo es; al contrario, la naturaleza humana está llena de injusticia.

Sin embargo, en esta misma Palabra encontramos la grata buena nueva de que Dios nos ha provisto una vía mediante la cual podemos ser limpiados de nuestra injusticia y quedar revestidos y colmados de su justicia perfecta. Descubrimos que esa vía se creó para Adán, y le fue revelada inmediatamente después de caer de su estado elevado y santo. Los seres humanos, caídos e injustos, han echado mano de esa misericordiosa vía desde el comienzo mismo del fiero y desigual conflicto con el pecado. Esto lo aprendemos de los siguientes testimonios consignados en las Escrituras:

- En uno de sus sermones, Cristo se refiere al segundo hijo de Adán y lo llama “Abel, el justo” (Mat. 23:35). Y Pablo declara que Abel “alcanzó testimonio de que era justo” (Heb. 11:4).
- “Dijo luego Jehová a Noé: ‘Entra tú y toda tu familia en el arca, porque solo a ti he visto justo delante de mí en esta generación’ ” (Gén. 7:1). Y añade: “Noé era un hombre justo y honrado entre su gente. Siempre anduvo fielmente con Dios” (Gén. 6:9, NVI).
- “Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia” (Rom.

4:3).

- “Pero libró al justo Lot, abrumado por la conducta pervertida de los malvados, (pues este justo, que habitaba entre ellos, afligía cada día su alma justa viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos)” (2 Ped. 2:7, 8).
- En el tiempo inmediatamente anterior al nacimiento de Cristo, se dice de Zacarías y Elisabet: “Ambos eran justos delante de Dios y andaban irreprendibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Luc. 1:6).
- El apóstol Pablo declara que los gentiles a los que había predicado el evangelio habían “alcanzado la justicia” (Rom. 9:30; 6:17-22).

Se ve, así, que desde la promesa hecha a Adán hasta la conclusión de los tiempos apostólicos, siempre hubo personas que se aferraron de la justicia de Dios y que tuvieron la demostración de que su vida contaba con el agrado divino.

¿Bajo qué condiciones?

¿Cómo se logró? ¿Con qué condiciones se realizó esta maravillosa transacción? ¿Fue porque los tiempos y las condiciones en que vivieron resultaron favorables para la justicia? ¿O fue debido a las cualidades especiales y superiores inherentes a aquellos que alcanzaron los elevados altiplanos de la piedad?

Todos los anales históricos y personales dan una respuesta negativa a tales interrogantes. Ellos eran gente con naturaleza como la nuestra, y su entorno abrumaba su alma justa día a día (2 Ped. 2:7, 8). Obtuvieron la maravillosa bendición de la justicia de la manera -la única manera- que ha sido posible para cualquier ser humano obtenerla desde que Adán pecó.

El Nuevo Testamento da gran prominencia a la manera en que los seres humanos somos justificados. La exposición más clara y más

plena se encuentra en la Epístola de Pablo a los Romanos. Al comienzo mismo de su presentación, el apóstol declara: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree [...], pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: ‘Mas el justo por la fe vivirá’ ” (Rom. 1:16, 17).

El evangelio, precisamente, nos revela la perfecta justicia de Dios. El evangelio también pone de manifiesto la manera en que la justicia puede ser obtenida por los pecadores: por la fe. Esto se presenta con mayor detalle en la siguiente declaración: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Rom. 3:20-22).

En la primera parte de esta declaración, el apóstol muestra el papel que desempeña la Ley: “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado”; el *conocimiento* del pecado, no la liberación del pecado. La Ley señala el pecado. Al hacerlo, declara culpable ante Dios al mundo entero (Rom. 3). Pero la Ley no puede librar del pecado. Ningún esfuerzo del pecador por obedecer la Ley puede cancelar su culpa ni hacerlo merecedor de la justicia de Dios.

Esa justicia, declara Pablo, es “por medio de la fe en Jesucristo, [...] a quien Dios puso como propiciación [sacrificio expiatorio] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Rom. 3:22-25).

A través de la fe en la sangre de Cristo, todos los pecados del creyente quedan cancelados y la justicia de Dios ocupa su lugar en el haber del creyente. ¡Oh, qué maravillosa transacción! ¡Qué

manifestación del amor y la gracia divinos! Partimos de un ser humano nacido en el pecado. Como dice Pablo, está atestado “de toda injusticia” (Rom. 1:29). Su patrimonio de maldad es de lo peor que podamos imaginar. Su entorno está en las más hondas profundidades conocidas a los malvados. De alguna manera, el amor de Dios que resplandece desde la cruz del Calvario alcanza el corazón de esa persona. Cede, se arrepiente, confiesa, y por la fe reivindica a Cristo como Salvador. En el instante en que lo hace, ese ser humano es aceptado como hijo de Dios. Todos sus pecados son perdonados, su culpa queda cancelada, es contado entre los justos y se yergue, aprobado y justificado, ante la Ley divina. Y este cambio asombroso y milagroso puede darse en tan solo un instante. *Esto es la justificación por la fe.*

Habiendo ofrecido estas claras y contundentes declaraciones en cuanto a la forma en que una persona es justificada, el apóstol ilustra entonces la verdad declarada mediante un caso concreto. Toma la experiencia de Abraham como ejemplo.

“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?” (Rom. 4:1).

Adelantándonos a su respuesta, contestamos: Abraham había encontrado la justicia. Pero ¿cómo, con qué método? Pablo nos dice: “Si Abraham hubiera sido justificado por las obras, tendría de qué gloriarse, pero no ante Dios” (Rom. 4:2).

Ser justificado *por las obras* es una sugerencia, una propuesta: si tal cosa pudiera hacerse. ¿Es esa la forma de obtener la justicia? “¿Qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia” (Rom. 4:3). Esta afirmación deja zanjada para siempre la cuestión de la forma en que Abraham obtuvo la justicia de Dios. *No fue por las obras; fue por la fe.*

La vía de Abraham es la única

Habiendo sentado la cuestión de cómo obtuvo Abraham la justicia de Dios, Pablo pasa a mostrar que esa es la única manera en que cualquier otra persona pueda obtener la justicia.

“Al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom. 4:5).

¡Qué bondad! ¡Qué gran compasión! El Señor, que “es justo en todos sus caminos” (Sal. 145:17, NVI), ofrece su propia justicia perfecta a cualquier pecador desdichado, débil, desamparado y sin esperanza que crea lo que Dios dice. Leámoslo de nuevo: “*Al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia*”.

Tan importante, tan fundamental, es esta vía de justicia que en todo ese capítulo el apóstol sigue reformulando, reiterando y recalmando a todos lo que ha dejado tan claro con pocas palabras. He aquí algunas de sus afirmaciones:

“Por eso también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Rom. 4:6).

“Decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia” (Rom. 4:9).

“[Abraham estaba] plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Por eso, también su fe le fue contada por justicia. Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue así acreditada, sino también con respecto a nosotros, a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom. 4:21-25).

Esta nítida y constructiva declaración revela a todas las almas

perdidas de todos los tiempos el único camino que conduce del pecado, la culpa y la perdición a la justicia y a la liberación de la perdición y la muerte. Con esto concuerdan todas las demás afirmaciones de las Escrituras en cuanto a este gran tema de la justificación.

Las cuatro palabras “justificación por la fe” expresan la más maravillosa transacción en este mundo material que pueda captar el intelecto humano. Expresan el mayor don que Dios, en su plenitud infinita, podía otorgar a la humanidad. El gran hecho expresado por esa frase de cuatro palabras ha sido estudiado, se ha escrito de él largo y tendido, y ha sido objeto de regocijo de millones en el pasado. Y continúa siendo un tema del más sublime interés e importancia para la familia humana.

Repasando estas declaraciones, descubrimos que la Ley de Dios demanda la implementación de la justicia a todos los que estén bajo su jurisdicción. Sin embargo, por causa de la transgresión, todos nos hemos vuelto incapaces de satisfacer la justicia que la Ley demanda. Entonces, ¿qué ha de hacer el pecador? Su transgresión de la justa Ley de Dios lo ha hecho injusto. Esto lo ha puesto bajo la condenación de la Ley. Estando condenado, debe pagar el castigo de su transgresión. La penalidad es la muerte. Tiene una deuda que exige su vida. Está bajo una condena que nunca podrá eliminar. Afronta un castigo del que nunca podrá escapar. ¿Qué puede hacer? ¿Hay alguna salida de esa situación tenebrosa y desesperada? Sí, la hay.

“Aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Rom. 3:21, 22).

Esto revela la manera de satisfacer las exigencias de la Ley y afirma contundentemente que la única forma de hacerlo es por la fe. Para la mente natural, no iluminada, esta solución del oscuro

problema es un misterio. La Ley requiere obediencia; exige obras justas en las actividades de la vida. ¿Cómo pueden ser satisfechas tales exigencias por la fe, en vez de por las obras? Se da la respuesta en palabras sencillas: los seres humanos somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación [sacrificio expiatorio] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Rom. 3:24, 25).

¡Qué maravillosa solución al horrible problema del pecado! Solo nuestro Padre infinito, omnisciente y compasivo podía aportar tal solución; y solo él habría querido hacerlo. Solo los escritos inspirados podían revelarlo. Y esta forma de justificar al pecador se encuentra únicamente en el evangelio inmaculado de Cristo.

“Por *fe* [el pecador, que ha agraviado y ofendido tan gravemente a Dios] puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre”.—*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 430.

Cristo vino a este mundo como nuestro Redentor. Se convirtió en nuestro sustituto. Tomó nuestro lugar en el conflicto con Satanás y con el pecado. Fue tentado en todos los puntos tal como nosotros, pero nunca pecó. Amó la justicia y odió la iniquidad. Su vida de perfecta obediencia satisfizo las más elevadas exigencias de la Ley. Y, ¡oh, el prodigo y la maravilla de ello es que Dios acepta la justicia de Cristo en lugar de nuestro fracaso, de nuestra injusticia!

En esta transacción divina, “Dios recibe, perdona y justifica al alma creyente [...] y la ama como ama a su Hijo” (*ibíd.*). No es de

extrañar que Pablo proclamase al mundo entero que el amor de Cristo lo constreña en sus arduas labores, y que consideraba un gran privilegio y un gozo sufrir la pérdida de todas las cosas para poder ganar a Cristo y estar revestido de su justicia, que es imputada al pecador por la fe (ver 2 Cor. 5:14; Fil. 3:7-9).

Así se explica exactamente *cómo* la fe ocupa el lugar de las obras y *cómo* se atribuye la justicia. Esta verdad maravillosa debería ser inestimable para todo creyente, y debe convertirse en una experiencia personal. Debería permitirnos abandonar nuestras propias obras, nuestros esfuerzos y nuestras luchas, y desarrollar una fe firme, confiada y viviente en los méritos, la obediencia y la justicia de Cristo. Estos podemos presentárselos a Dios en lugar de nuestros fracasos. Deberíamos aceptar gozosamente el perdón y la justificación concedidos, y ahora deberíamos experimentar la paz y el gozo que tan maravillosa transacción es capaz de procurar a nuestro corazón.

“Justificados [considerados justos], pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1).

Muchos han errado el camino

¡Qué extraño, y qué triste, resulta que esta senda de justicia, simple y hermosa, parezca tan difícil de encontrar y aceptar para el corazón natural y carnal! Era motivo de gran dolor para Pablo que Israel, sus parientes según la carne, errase el camino con tal fatalidad. Afirmó: “Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la ley” (Rom. 9:31, 32).

Por otro lado, “los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe” (Rom. 9:30).

Y ahora el apóstol revela el auténtico secreto del fracaso de

Israel: “*Ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia*, no se han sujetado a la justicia de Dios, pues el fin de la ley es Cristo [Aquel hacia quien apunta la ley], para justicia a todo aquel que cree” (Rom. 10:3, 4).

Por último, el apóstol termina su exposición de este tema sublime con estas alentadoras palabras: “Pero ¿qué dice?: ‘Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón’. Esta es la palabra de fe que predicamos: Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo, porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Rom. 10:8-10).

La “justificación por la fe” no es una teoría. La gente puede conocer la teoría al respecto y, a la vez, ser ignorante de “la justicia de Dios y [procurar] establecer la suya propia”. La “justificación por la fe” es una transacción, una experiencia. Es someterse a “la justicia de Dios”. Es un cambio de condición ante Dios y su Ley. Es una regeneración, un nuevo nacimiento. Sin ese cambio, no puede haber esperanza alguna para el pecador, porque seguirá bajo la condena de la Ley de Dios, santa e inmutable; su terrible castigo seguirá pendiendo sobre su cabeza.

¡Cuán esencial parece ser, entonces, que lleguemos a saber, mediante una experiencia clara y constructiva, que esta transacción grande y vital denominada “justificación por la fe” ha sido obrada en nuestro corazón y nuestra vida por el poder de Dios! Solo entonces podremos orar verdaderamente el Padrenuestro, diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”.

“Este nombre es santificado por los ángeles del cielo y por los habitantes de los mundos sin pecado. Cuando oramos ‘Santificado sea tu nombre’, pedimos que lo sea en este mundo,

en nosotros mismos. Dios nos ha reconocido delante de hombres y ángeles como sus hijos; pidámosle ayuda para no deshonrar el ‘buen nombre que fue invocado sobre’ nosotros [Sant. 3:7]. Dios nos envía al mundo como sus representantes. En todo acto de la vida, debemos manifestar el nombre de Dios. Esta petición exige que poseamos su carácter. No podemos santificar su nombre ni representarlo ante el mundo, a menos que en nuestra vida y carácter representemos la vida y el carácter de Dios. Esto podrá hacerse únicamente cuando aceptemos la gracia y la justicia de Cristo”. –*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 92.

Un mensaje de importancia suprema

En 1888 se presentó a la Iglesia Adventista del Séptimo Día un mensaje muy concreto, que suponía un despertar. Fue denominado en ese tiempo “el mensaje de la justificación por la fe”. Tanto el propio mensaje como la manera en que llegó causaron una profunda y duradera impresión en la mente de los pastores y de la gente, y el transcurso del tiempo no ha borrado aquella impresión de la memoria. Hasta hoy,² muchos de aquellos que oyeron el mensaje cuando se presentó están profundamente interesados en él, y preocupados por él. Durante todos estos años, vienen albergando la firme convicción y acariciando la entrañable esperanza de que se diera a este mensaje gran prominencia entre nosotros, y de que realizara la labor purificadora y regeneradora de la iglesia que creían que el Señor buscaba lograr con su envío.

Entre las cosas que han llevado a esta convicción figura el testimonio divino dado a la proclamación del mensaje de la justificación por la fe cuando fue presentado en el Congreso celebrado en la ciudad de Mineápolis, Minnesota, en 1888. Desde el mismo comienzo, Elena de White puso el sello de su aprobación sobre el mensaje y su presentación en aquella ocasión. Se nos dice, de la forma más sencilla y firme, que el Señor dirigía e impulsaba a los hombres a proclamar ese mensaje de la justificación por la fe. De aquel congreso histórico y de los hombres que dieron el mensaje específico, se declara:

“En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo [...]. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el Sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el

Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los Mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impariendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu”. –*Testimonios para los ministros*, pp. 91, 92.

Todas las frases de esta significativa declaración son dignas de un estudio cuidadoso. Analicémosla brevemente:

1. *Un preciosísimo mensaje*: “En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo”.
2. *El objetivo*: “Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el Sacrificio por los pecados del mundo entero”.
3. *El alcance*:
 - a. “Presentaba la justificación por la fe en el Garante”.
 - b. “Invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los Mandamientos de Dios”.
4. *La necesidad*:
 - a. “Muchos habían perdido de vista a Jesús”.
 - b. “Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana”.

5. *Los recursos:*
 - a. “Todo el poder es colocado en sus manos” para
 - b. “dispensar ricos dones a los hombres”,
 - c. “impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano”.
6. *El ámbito:* “Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo”.
7. *Lo que es en realidad:* “Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu”.

Resulta difícil concebir cómo podría haber algún malentendido o alguna incertidumbre en cuanto al respaldo que el Cielo había dado a este mensaje. Se afirma con claridad que el Señor envió el mensaje, que condujo las mentes de los hombres que estaban tan íntimamente relacionados con él y que lo proclamaron con inigualable convicción.

Habría que tener en cuenta ahora que el rumbo tomado por los mensajeros en años posteriores nada tiene que ver con la afirmación explícita, repetida a menudo, de que fueron conducidos por el Señor para declarar a su pueblo esta verdad fundamental del evangelio en aquel momento particular.

No solo formaba parte del propósito divino presentar este mensaje de la justificación por la fe ante su *iglesia*, sino también tenía que ser presentado al *mundo*. Y, por último, se declara que es “el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu”. Es evidente que la aplicación de este mensaje no estuvo limitada a la época del Congreso de Mineápolis, sino que su aplicación se extiende hasta el final del tiempo; y que, en consecuencia, tiene mayor importancia para la iglesia en el momento actual que la que pudo haber tenido en 1888. Cuanto más nos acerquemos al Gran

Día de Dios, más imperativa será la necesidad de la labor purificadora del alma que el mensaje fue enviado a realizar. Sin duda, estamos cargados de razones para emprender un estudio y una proclamación nuevos y sinceros de ese mensaje.

Los mensajes y las providencias de Dios siempre son grandiosos y están cargados de significado. Siempre son necesarios para la realización de la obra particular con la que están relacionados. El Señor los ordena para el cumplimiento de sus propósitos. No pueden ser dejados a un lado. No pueden fracasar. Tarde o temprano, serán entendidos y aceptados y se les dará el sitio que les corresponde. Por lo tanto, cabe esperar que al mensaje de la justificación por la fe, que fue presentado en toda su claridad a la iglesia en 1888, se le dé un lugar significativo en la última etapa de la obra de la que usted y yo formamos parte.

2 Esta declaración fue publicada por primera vez en 1926, cuando salió a la luz la primera edición de *Cristo, justicia nuestra*. El libro lleva 24 ediciones en inglés.

Mensajes preparatorios

El relato bíblico del trato de Dios con su pueblo está repleto de instrucción sumamente útil para la iglesia remanente. Muestra que, a lo largo de los siglos, Dios no ha tenido más que un propósito inmutable y eterno. No ha permitido que nada derrote ese propósito. En todas las crisis y los avatares que han surgido, ha estado al mando. Ha previsto los peligros que acechaban a lo largo del camino, y ha enviado advertencias a su pueblo para guardarla y protegerlo. Cuando su pueblo ha precisado de mensajes que lo alertaran, inspiraran y regeneraran, el Señor ha suscitado mensajeros para comunicar esos mensajes. El gran éxodo de Egipto a Canaán, la historia de Samuel y de Israel, de David y del reino para cuyo establecimiento fue elegido, y las trágicas experiencias de Jeremías y el reino de Judá, su caída y cautiverio, ilustran adecuadamente todo esto.

En los anales de esas colosales crisis, encontramos que los mensajes de Dios al pueblo tenían un doble propósito: *En primer lugar*, señalaban los engaños a los que era conducida la nación escogida y advertía a sus integrantes de las graves consecuencias que se derivarían, a no ser que se volviesen al Señor. *En segundo lugar*, revelaban con claridad meridiana exactamente lo que se necesitaba para ayudarlos, y daban garantía de que no solo supliría todas sus necesidades, sino además los inspiraría y los capacitaría para valerse de la ayuda ofrecida si tan solo lo escogían de todo corazón. Nada faltaba por parte del Señor para enfrentarse en todas las esferas a cualquier engaño y peligro mediante los cuales Satanás buscara acarrear la ruina del pueblo y de la causa de Dios.

Las vicisitudes y las experiencias relacionadas con la presentación del mensaje de la justificación por la fe en 1888 tienen una llamativa similitud con las experiencias que acaecieron al pueblo de Dios en tiempos antiguos. Nos vendría bien prestar la

más cuidadosa consideración a los mensajes del Espíritu de Profecía que precedieron al Congreso de Mineápolis de 1888.

El mensaje de 1887

Los mensajes de Elena de White escritos en 1887 dieron aviso de peligro. Nombraban una y otra vez un mal concreto, un engaño en el que la iglesia estaba cayendo. Se señaló aquel engaño como el error fatal de dejarse llevar por el formalismo y suplantar con formas, ceremonias, doctrinas, organización y actividades la experiencia vital que solo se consigue mediante la comunión con nuestro Señor Jesucristo. Todo el año se advirtió a los pastores y a los miembros de iglesia de este peligro concreto mediante mensajes que aparecieron en la *Review and Herald*. Para captar la gravedad de la situación en aquella época y entender mejor las advertencias, citamos algunos párrafos, dando la fecha de publicación:

“Es posible ser un creyente nominal y parcial y, no obstante, ser hallado falto y perder la vida eterna. Es posible practicar algunos de los mandatos de la Biblia y que uno sea considerado cristiano y, no obstante, perecer porque se carece de los requisitos esenciales que constituyen el carácter cristiano”.—*Review and Herald*, 11 de enero de 1887.

Dos semanas después, otro mensaje declara:

“La observancia de las formas externas no habrá de satisfacer nunca la gran necesidad del alma humana. El profesar creer en Cristo no lo capacitará a uno lo suficiente para resistir la prueba del día del juicio”.—*Review and Herald*, 25 de enero de 1887.

Tres semanas después, se afirmó con

claridad:

“Hay demasiado formalismo en la iglesia. Perecen las almas por falta de luz y de conocimiento. Deberíamos estar tan relacionados con la Fuente de luz que podamos ser canales de luz para el mundo [...]. Quienes profesan ser guiados por la palabra de Dios puede que estén familiarizados con las evidencias de su fe y, no obstante, ser como la higuera pretenciosa, que hacía ostentación de su follaje ante el mundo, pero que, cuando fue inspeccionada por el Maestro, se encontró desprovista de fruto”.-*Review and Herald*, 15 de febrero de 1887.

Dos semanas después apareció otra declaración de importancia semejante:

“En el monte de los Olivos, el Señor Jesús declaró categóricamente que ‘por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se resfriará’ (Mat. 24:12). Habla de una clase de personas que ha caído de un alto estado de espiritualidad. Penetren en los corazones estas declaraciones con poder solemne y escrutador. [...] Se sigue cumpliendo una serie de servicios religiosos formales, pero ¿dónde está el amor de Jesús? La espiritualidad está muriendo. [...] ¿Satisfaremos el deseo del Espíritu de Dios? ¿Nos esparciremos más en la piedad práctica y mucho menos en los arreglos mecánicos?”.- Escrito el 1º de marzo de 1887; aparece en *Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 507, 508.

Todo el año, sin cesar, siguieron presentándose mensajes que nos decían que el formalismo estaba penetrando en la iglesia; que

confiábamos demasiado en las formas, las ceremonias, las teorías, la organización y en una incesante rutina de actividades. Estos mensajes eran verdad, por supuesto, y deberían haber causado una profunda impresión. Pero el formalismo es sumamente engañoso y resulta ruinoso. Es el arrecife oculto en el que a lo largo de los siglos la iglesia casi ha naufragado con excesiva frecuencia. Pablo nos advierte sobre que la “apariencia de piedad” (2 Tim. 3:5) sin el poder de Dios será uno de los peligros de los últimos días, y nos amonesta para que nos apartemos de este engaño cautivador. Una y otra vez, y mediante diferentes canales, Dios envía advertencias a su iglesia a fin de que escape del peligro del formalismo.

Precisamente contra este peligroso engaño el Espíritu de Profecía presentó reiteradas advertencias en 1887; y el mensaje de la justificación por la fe nos fue enviado para salvarnos de sus resultados.

Este movimiento es de Dios. Está destinado a triunfar de manera gloriosa. Su organización se llevó a cabo en el cielo. Sus departamentos son ruedas entrelazadas, unidas todas diestramente entre sí; pero son incompletas y parciales sin el Espíritu dentro de las ruedas dando poder y resultados rápidos (ver Eze. 1). Estas ruedas están compuestas por personas. Dios bautiza personas, no movimientos; y cuando los seres humanos reciben el poder del Espíritu en su vida la hermosa maquinaria avanza, entonces, rauda en su tarea prevista. Esto debe plasmarse de forma individual antes de que pueda verificarse de forma colectiva. ¡Cuán imperativa es, pues, nuestra necesidad de la provisión de Dios!

Sin embargo, no solo se presentaron advertencias contra la suplantación con teorías, formas, actividades y la maquinaria de la organización. Con estas advertencias se presentó un mensaje directo, potente y constructivo, que decía exactamente lo que

había que hacer para salvarnos de la situación a la que estábamos siendo arrastrados. No es posible reproducir aquí todo el mensaje, debido a su extensión. Sin embargo, unos extractos darán una idea de su gran trascendencia y de la esperanza que ofrecía a la iglesia, si se prestaba atención a la instrucción.

La necesidad mayor y más urgente

“La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio.

Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. [...] Hay personas en la iglesia que no están convertidas y que no se unirán a la oración ferviente y eficaz. Debemos hacer la obra individualmente. Debemos orar más y hablar menos. Abunda la iniquidad, y debe enseñarse a la gente que no se satisfaga con una forma de piedad sin espíritu ni poder. [...]

“Tenemos mucho más que temer de enemigos internos que de externos. Los impedimentos para el vigor y el éxito provienen mucho más de la iglesia misma que del mundo. [...]

“No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente. Si se hiciera la voluntad de Satanás, no habría ningún otro reavivamiento,

grande o pequeño, hasta el fin del tiempo. Pero no ignoramos sus maquinaciones. Es posible resistir su poder. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, vendrá la bendición. Así como Satanás no puede cerrar las ventanas del cielo para que la lluvia no venga sobre la tierra, así tampoco puede impedir que descienda un derramamiento de bendiciones sobre el pueblo de Dios. Los impíos y los demonios no pueden estorbar la obra de Dios o excluir su presencia de las asambleas de su pueblo, si sus miembros, con corazón sumiso y contrito, confiesan sus pecados, se apartan de ellos y con fe demandan las promesas divinas. Cada tentación, cada influencia opositora, ya sea manifiesta o secreta, puede ser resistida con éxito ‘no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos’ (Zac. 4:6).

“¿Cuál es nuestra condición en este tremendo y solemne tiempo? ¡Ay! ¡Cuánto orgullo prevalece en la iglesia, cuánta hipocresía, cuánto engaño, cuánto amor al vestido, la frivolidad y las diversiones, cuánto deseo de supremacía! Todos estos pecados han nublado las mentes, de modo que no han sido discernidas las cosas eternas”. –*Review and Herald*, 22 de marzo de 1887.

¡Qué solemne mensaje, y no obstante, cuán repleto está de consejo cariñoso y provechoso! ¡Qué esperanza se pone ante la iglesia, si tan solo le prestáramos sincera atención! ¡Qué triste es que este gran mensaje se olvidara con los archivos anuales de la

Review, quedando enterrado tanto tiempo! ¿No ha llegado el momento de volver a presentar este mensaje con claridad y convicción a la atención de la iglesia, igual que Esdras presentó el olvidado libro de la ley de Moisés y leyó a Israel la instrucción que contenía?

El remedio para el problema

A fines de 1887 llegó un mensaje que señalaba de forma clara y sin dejar lugar a dudas al único remedio para los males denunciados ante nosotros con tanto empeño y de forma tan reiterada durante todo el año. Ese remedio, según la sierva de Dios, es la unión con el Señor Jesucristo.

“Hay gran diferencia entre una supuesta unión y una conexión real con Cristo por la fe. Una profesión de fe en la verdad pone a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que tienen una conexión tal con la Vida viviente. [...] Cuando se ha formado esta intimidad de conexión y comunión, nuestros pecados son puestos sobre Cristo, su justicia nos es imputada. Él fue hecho pecado por nosotros, para que pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. [...]”

“El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana, que ningún hombre puede vencer, excepto mediante la unión con Cristo. A través de esta unión recibimos fuerza moral y espiritual. Si tenemos el Espíritu de Cristo, rendiremos el fruto de la justicia [...]”

“La unión con Cristo mediante una fe viviente es duradera; toda otra unión perecerá. Cristo nos escogió a nosotros primero pagando

un precio infinito por nuestra redención; y el verdadero creyente escoge a Cristo como el primero, el último y el mejor en todo; pero esta unión tiene su precio. El ser orgulloso entra en una unión de dependencia total. Todos los que entran en esta unión han de sentir su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. Han de experimentar un cambio de corazón. Han de someter su voluntad a la voluntad de Dios. Habrá una lucha, con obstáculos externos e internos. Se llevará a cabo una obra dolorosa de desprendimiento tanto como de acercamiento. El orgullo, el egoísmo, la vanidad, la mundanalidad –el pecado en todas sus formas– han de vencerse, si hemos de entrar en unión con Cristo. La razón por la que muchos encuentran la vida cristiana tan lamentablemente dura y porque son inconstantes y volubles, es que procuran vincularse a sí mismos con Cristo sin haberse primero desprendido de sus ídolos acariciados”.*–Review and Herald*, 13 de diciembre de 1887.

Este mensaje nos lleva al mismísimo meollo de la unión evangélica con Cristo. Nadie puede vencer el pecado salvo por medio de esa unión. Mediante la unión con Cristo, nuestros pecados son puestos sobre él y su justicia nos es imputada. Esto es *realidad*, no forma ni ceremonia. No es ser miembro de la iglesia, ni tener un asentimiento intelectual a la teoría o al dogma. La unión con Cristo es una realidad gratificante en todo lo que compete a la vida cristiana. En ella estriba nuestra seguridad. Esta era nuestra gran necesidad en 1887, y para adentrarnos en esa experiencia el Señor envió el mensaje de la justificación por la fe.

Los mensajes de 1888

Durante 1888 prosiguieron los mensajes correctivos y constructivos que comenzaron en 1887, aumentando, como veremos a continuación, en claridad y fuerza. Se presenta lúcidamente el único camino verdadero, el único camino que da sinceridad, realidad y victoria genuinas. Este camino verdadero es a través de la comunión con nuestro Señor resucitado. Observemos las siguientes declaraciones.

El único camino verdadero

“Sin la presencia de Jesús en el corazón, los servicios religiosos no son más que un formalismo muerto y frío. El ferviente deseo de estar en comunión con Dios cesa cuando el Espíritu Santo es contristado; pero cuando Cristo está en nosotros como la esperanza de gloria, somos inducidos constantemente a pensar y obrar con referencia a la gloria de Dios”.*—Review and Herald, 17 de abril de 1888.*

“Deberíamos estudiar la vida de nuestro Redentor, porque él es el único ejemplo perfecto para los hombres. Deberíamos contemplar el sacrificio infinito del Calvario y vislumbrar la enorme pecaminosidad del pecado y la justicia de la Ley. Del estudio del tema de la redención, realizado con concentración, saldremos fortalecidos y ennoblecidos. Nuestra comprensión del carácter de Dios se profundizará; y con todo el plan de la salvación claramente definido en nuestra mente, podremos cumplir mejor nuestro divino encargo. Con una conciencia cabalmente convencida, podemos dar

testimonio a los hombres del carácter inmutable de la Ley manifestado por la muerte de Cristo en la cruz, de la naturaleza maligna del pecado, y de la justicia de Dios al justificar al creyente en Jesús con la condición de su obediencia futura a los estatutos del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra”. –*Review and Herald*, 24 de abril de 1888.

Nuestro Redentor, su sacrificio expiatorio por nosotros, la naturaleza maligna del pecado, la justicia de Cristo que ha de ser recibida por fe; en la seria reflexión y la plena aceptación de estas verdades vitales del evangelio se hallan el perdón, la justificación, la paz, el gozo y la victoria.

Un mensaje de alarma

Tras señalar el único camino verdadero, en 1888 se presentó un mensaje de alarma que debió de haber sido pensado por el Señor para llevar a su pueblo a percibir el peligro y a incorporarse al camino seguro:

“Todo miembro de nuestras iglesias debería formularse con regularidad la solemne pregunta de en qué condición estamos ante Dios como seguidores profesos de Jesucristo. ¿Brilla nuestra luz ante el mundo con rayos claros y constantes? Como pueblo solemnemente dedicado a Dios, ¿hemos mantenido nuestra unión con la Fuente de toda luz? ¿No son los síntomas de la decadencia y el declive dolorosamente visibles en el seno de las iglesias cristianas de hoy? Ha sobrevenido la muerte espiritual al pueblo que

debería estar manifestando vida y celo, pureza y consagración, mediante la más completa entrega a la causa de la verdad. Los hechos referentes a la situación real del profeso pueblo de Dios hablan más alto que su profesión, y ponen de manifiesto que algún poder ha cortado el cabo que los anclaba a la Roca eterna y que van a la deriva mar adentro, sin carta náutica ni brújula”.–*Review and Herald*, 24 de julio de 1888.

Algún poder, se declara, había cortado el cabo que anclaba la iglesia a la Roca eterna y sus miembros iban a la deriva mar adentro, sin carta de navegación ni brújula. ¿Qué situación podría ser más alarmante que esta? ¿Qué razón más convincente podría darse para mostrar la necesidad de volver de todo corazón al Único capaz de sujetarnos firmemente?

Regreso al fondeadero seguro

Después vino un mensaje que explicaba precisamente qué se necesitaba para reparar el cabo que el enemigo había cortado, y así devolvernos al fondeadero seguro. Leámoslo detenidamente:

“No basta con estar familiarizados con los argumentos de la verdad solamente. Es preciso que entremos en contacto con la gente a través de la vida que está en Jesús. Nuestra labor se verá coronada por un éxito pleno si Jesús mora con nosotros, porque dijo: ‘Separados de mí nada podéis hacer’. Jesús sigue de pie llamando –llamando a la puerta de nuestro corazón–, y, pese a todo, algunos dicen continuamente: ‘No puedo hallarlo’. ¿Por qué no? Afirma: ‘Estoy

aquí, llamando'. ¿Por qué no le abrís la puerta y decís: 'Pasa, amado Señor'? ¡Estoy tan contenta por estas simples indicaciones sobre el camino para encontrar a Jesús! Si no fuera por ellas, no sabría cómo encontrar a Aquel cuya presencia tanto deseo. Abrid la puerta ahora y vaciad el templo del alma de los que compran y los que venden, e invitad al Señor a pasar. Decidle: 'Te amo con toda mi alma. Haré obras de justicia. Obedeceré la Ley de Dios'. Entonces sentiréis la presencia de Jesús, llena de paz". -*Review and Herald*, 28 de agosto de 1888.

La culminación del mensaje preparatorio

Solo unas semanas antes del Congreso celebrado en Mineápolis, el Señor envió el siguiente mensaje, como culminación impresionante de toda la instrucción que llevaba presentándose sobre este gran tema mes tras mes durante casi dos años:

"¿Cuál es el trabajo del ministro del evangelio? Es usar debidamente la palabra de verdad; no inventar un nuevo evangelio, sino usar debidamente el evangelio que ya les ha sido confiado. No pueden valerse de antiguos sermones para presentarlos a sus congregaciones; porque estos discursos establecidos pueden no ser apropiados para afrontar la ocasión ni las necesidades de la gente. Da tristeza que haya temas que se descuiden, en los que habría que explayarse en gran medida. El tema principal de nuestro mensaje debería ser la misión y la vida de

Jesucristo. Hágase hincapié en la humillación, la abnegación, la mansedumbre y la humildad de Cristo, para que los corazones orgullosos y egoístas puedan ver la diferencia entre ellos y el Modelo y puedan recibir una lección de humildad. Mostrad a vuestros oyentes a Jesús en su condescendencia de salvar al hombre caído. Mostradles que Aquel que fue su garantía tuvo que tomar la naturaleza humana, y cruzar con ella la oscuridad y el espanto de la maldición de su Padre por la transgresión de su Ley por parte del hombre; porque el Salvador se encontraba en la condición de hombre.

“Describid, si el lenguaje humano puede lograrlo, la humillación del Hijo de Dios, y no creáis que habéis alcanzado la culminación cuando lo veáis cambiar el Trono de luz y gloria que había tenido con el Padre por la humanidad. Descendió del cielo a la Tierra; y mientras estuvo en la Tierra, cargó con la maldición de Dios como garantía para la raza caída. No estaba obligado a hacerlo. Escogió cargar con la ira de Dios, en la que había incurrido el hombre por desobediencia a la Ley divina. Escogió soportar las crueles burlas, las mofas, los azotes y la crucifixión. Y ‘hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte’; pero la forma de su muerte fue causa de asombro para el universo, porque fue ‘muerte de cruz’. Cristo no era insensible a la ignominia y a la deshonra. Las sintió con

enorme amargura. Las sintió con tanta mayor profundidad y de forma más aguda que la que nosotros percibimos el sufrimiento, cuanto su naturaleza era más exaltada, más pura y más santa que la de la raza pecaminosa por la que sufrió. Era la Majestad del cielo; era igual al Padre. Era el Comandante de las huestes angelicales y, no obstante, padeció por el hombre la muerte que, por encima de todas las demás, estaba revestida de ignominia y reproche. ¡Oh, si el corazón arrogante de los hombres pudiera darse cuenta de esto! ¡Oh, si pudieran adentrarse en el significado de la redención y procuraran aprender la mansedumbre y la humildad de Jesús!”.-*Review and Herald*, 11 de septiembre de 1888.

Este mensaje fue dirigido especialmente a los pastores, los maestros de Israel:

1. Habían de usar debidamente la Palabra de verdad.
2. No tenían que inventar un nuevo evangelio, sino presentar debidamente el evangelio que ya les ha sido confiado.
3. No debían seguir predicando sus “antiguos sermones” a la gente, ya que estos “discursos establecidos” podían no ser apropiados para satisfacer las necesidades de la gente.
4. Habían de espaciarse en gran medida en temas que, tristemente, habían sido descuidados.
5. El tema principal de su mensaje debería ser la misión y la vida de Jesucristo.

El párrafo final presenta un cuadro concreto de este tema sublime: la misión y la vida de Cristo.

Revaluación

Desde aquí nos parece, ciertamente, que todos estos solemnes mensajes, tan claros y directos, deberían haber causado una impresión más profunda en la mente de todos los pastores. Parecería que habrían estado absolutamente preparados para escuchar y beber del oportuno y estimulante mensaje de reavivamiento, reforma y redención que fuera presentado con tanta claridad y sincera vehemencia por la mensajera a la que el Señor suscitó para comunicar el mensaje. La apropiación de la justicia perfecta de Cristo por parte de corazones engañados y pecaminosos era el remedio que el Señor había enviado. Era exactamente lo que se necesitaba. ¿Quién puede decir lo que habría ocurrido a la iglesia y a la causa de Dios si el mensaje de la justificación por la fe hubiese sido recibido plenamente y de todo corazón por todos en ese momento? ¿Y quién puede estimar la pérdida que se ha sufrido por la falta de aceptación de ese mensaje por parte de muchos? Solo la eternidad revelará toda la verdad sobre este asunto.

El mensaje presentado en el Congreso de Mineápolis

El mensaje de la justificación por la fe salió a la luz con claridad y de forma plena en el Congreso celebrado en Mineápolis, Minnesota, en noviembre de 1888. Se hizo de él el gran y único tema de estudio en la sección devocional del Congreso. Parecía que la presentación del tema ya se preveía y que se daba por sentado que recibiría un estudio cabal en el Congreso. En cualquier caso, eso fue lo que ocurrió.

El mensaje no fue recibido de la misma manera por los que asistieron al Congreso; de hecho, existió una considerable diferencia de opinión al respecto entre los dirigentes. Esta división de opinión puede clasificarse como sigue:

- *Grupo 1:* Los que vieron gran luz en él y lo aceptaron de buena gana; los que creían que era una fase sumamente esencial del evangelio y creían que debía recibir mucho énfasis en todos los esfuerzos por salvar a los perdidos. Esta clase entendía que el mensaje encerraba el auténtico secreto de una vida victoriosa en el conflicto con el pecado, y que la gran verdad de ser justificados por la fe en el Hijo de Dios era la necesidad más acuciante de la iglesia remanente, en su preparación para la traslación en el Segundo Advenimiento.
- *Grupo 2:* Algunos que se sintieron inseguros con la “nueva enseñanza”, según la denominaron. Parecían incapaces de entenderla. No pudieron llegar a una conclusión. En consecuencia, su mente quedó en un estado de perplejidad y confusión. En aquel momento, ni aceptaron ni rechazaron el mensaje.
- *Grupo 3:* Pero hubo otros que se opusieron decididamente a la presentación del mensaje. Afirmaban que la verdad de la justificación por la fe había sido reconocida por nuestro

pueblo desde el mismo comienzo; y esto era verdad en teoría. Por esta razón, no veían que fuera el momento propicio para hacer tanto hincapié y recalcar de tal manera el tema como hacían sus promotores. Además, temían que el énfasis dado a este tema de la justificación por la fe hiciera sombra a las doctrinas que habían recibido tanta prominencia desde el comienzo de nuestra historia confesional. Dado que consideraban la predicación de esas doctrinas distintivas el secreto del poder y el crecimiento de nuestro movimiento, temían que si cualquier enseñanza o mensaje hacía sombra a esas doctrinas, nuestra causa perdería su carácter distintivo y su fuerza. Por estos temores, se sentían obligados por el deber a salvaguardar tanto a la causa como al pueblo mediante su decidida oposición.

Esta diferencia de puntos de vista entre los dirigentes tuvo graves consecuencias. Creó controversia, y un grado de distanciamiento que resultó sumamente desafortunado. Sin embargo, en todos los años que han pasado se ha venido desarrollando continuamente el deseo y la esperanza –sí, la creencia– de que algún día el mensaje de la justificación por la fe brille con todo su valor, toda su gloria y todo su poder, y reciba pleno reconocimiento. Y, durante este mismo tiempo, los malentendidos y la oposición han venido despareciendo. Para muchos, hay ahora una convicción apremiante de que este mensaje de la justificación por la fe debería ser estudiando, enseñado y recalcado hasta el grado más pleno que su importancia demanda.

No se publicó ningún informe de la presentación y la discusión del mensaje de la justificación por la fe en el Congreso de Mineápolis. Los que asistieron presentaron informes verbales. Sin embargo, a través de los escritos posteriores del Espíritu de Profecía, tenemos información en cuanto a los acontecimientos en conexión con la presentación del mensaje y su recepción, y

también su rechazo. Y es muy necesario que nos familiaricemos con esta información inspirada para comprender mejor nuestra condición actual.

Sería mucho más agradable eliminar algunas de las afirmaciones hechas por la sierva de Dios en cuanto a la actitud de algunos de los dirigentes hacia el mensaje y los mensajeros. Sin embargo, esto no puede hacerse sin dar una presentación parcializada de la situación que se produjo en el Congreso, dejando así la cuestión más o menos sumida en el misterio.

Dios: la fuente de origen del mensaje

Debido a la confusión que había resultado de la oposición suscitada contra él, resultó necesario garantizar a la hermandad que el mensaje de la justificación por la fe que se presentó en aquel momento estaba dirigido directamente por Dios. Las afirmaciones que siguen deberían eliminar todas las dudas en cuanto al origen del mensaje presentado en el Congreso de Mineápolis:

“El mensaje presente, la justificación por la fe, es un mensaje de Dios. Lleva las credenciales divinas porque su fruto es para santidad”.*—Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889.

“Se han enviado al pueblo de Dios mensajes que llevan las credenciales divinas; se han presentado la gloria, la majestad, la justicia de Cristo, lleno de bondad y verdad; se ha presentado entre nosotros, con belleza y atractivo, la plenitud de la Deidad en Jesucristo para cautivar a todos aquellos cuyo corazón no esté cerrado por el prejuicio. Sabemos que Dios ha obrado entre nosotros.

Hemos visto almas que se han apartado del pecado y abrazado la justicia; hemos visto la fe revivir en el corazón de los contritos".-*Review and Herald*, 27 de mayo de 1890.

Reavivamiento y aceptación

Según se ha afirmado ya, algunos de los que asistieron al Congreso de Mineápolis recibieron el mensaje de la justificación por la fe con gran satisfacción. Para ellos, fue un mensaje de vida. Les dio una nueva comprensión de Cristo, una nueva visión de su gran sacrificio en la cruz. Llevó a su corazón paz, gozo y esperanza. Era el elemento supremo necesario para preparar a un pueblo para encontrarse con Dios.

Estas personas volvieron a sus iglesias con una nueva unción para predicar el evangelio de la salvación del pecado y para ayudar a sus hermanos a aceptar por fe la justicia de Cristo revelada en el evangelio. La propia Elena de White tomó una parte muy activa y decidida en esta obra, y dio cuenta de algunas de sus experiencias a través de la *Review*. Por ejemplo:

“Agradecemos al Señor de todo corazón porque tenemos una preciosa luz que presentar ante la gente, y nos regocijamos porque tenemos un mensaje para este tiempo que es verdad presente. Las nuevas de que Cristo es nuestra justicia han proporcionado alivio a muchísimas almas, y Dios dice a su pueblo: ‘Avanzad’. El mensaje a la iglesia de Laodicea se aplica a nuestra condición. Cuán claramente se describe la posición de los que creen que tienen toda la verdad, que se enorgullecen de su conocimiento de la Palabra de Dios, al paso que no se ha sentido en su vida

el poder santificador de ella. Falta en su corazón el fervor del amor de Dios, pero precisamente ese fervor del amor es lo que hace que el pueblo de Dios sea la luz del mundo. [...]

“En cada reunión, a partir del congreso de la Asociación General, algunas almas han aceptado ávidamente el precioso mensaje de la justificación en Cristo. Agradecemos a Dios porque hay almas que comprenden que necesitan algo que no poseen: el oro de la fe y el amor, el manto blanco de la justicia de Cristo, el colirio del discernimiento espiritual. Si poseéis esos preciosos dones, el templo del alma humana no será como un altar profanado. Hermanos y hermanas, os exhorto en el nombre de Jesucristo de Nazaret a que trabajéis donde trabaja Dios. Ahora es el día de la bondadosa oportunidad y privilegio”.-*Review and Herald*, 23 de julio de 1889.

Ocho meses después, apareció la siguiente instrucción de su pluma:

“He viajado de lugar en lugar, asistiendo a reuniones en las que se predicaba el mensaje de la justicia de Cristo. Consideré un privilegio ponerme de pie al lado de mis hermanos y dar mi testimonio con el mensaje para el momento; vi que el poder de Dios acompañaba el mensaje doquiera que se hablara de él”.-*Review and Herald*, 18 de marzo de 1890.

De un encuentro celebrado en South Lancaster, Massachusetts, afirmó:

“Nunca he visto un reavivamiento avanzar en forma tan completa, y sin embargo estar tan libre de toda excitación indebida. No hubo ruegos ni invitaciones. No se pidió a las personas que pasasen al frente, pero había una conciencia solemne de que Cristo no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Los de corazón honesto estuvieron listos a confesar sus pecados, y a producir fruto para Dios mediante el arrepentimiento y la restauración en todo lo que estaba en su mano. Parecía que respirábamos la mismísima atmósfera del cielo. Los ángeles, ciertamente, rondaban en nuestro entorno. El viernes por la tarde, el encuentro de los hermanos comenzó a las cinco y no terminó hasta las nueve. [...] Hubo muchos que testificaron de que al presentarse las verdades escrutadoras, habían sido convencidos de que eran pecadores a la luz de la Ley. Habían estado confiando en su propia justicia. Ahora la vieron como trapos de inmundicia, en comparación con la justicia de Cristo, que es la única que Dios puede aceptar.

“Aunque no habían sido transgresores abiertos, se vieron a sí mismos depravados y degradados de corazón. Habían reemplazado al Padre celestial por otros dioses. Habían luchado por abstenerse de pecado, pero habían confiado en su propia fuerza. Debemos ir a Jesús tales como somos, confesar nuestros

pecados y arrojar nuestras almas impotentes sobre nuestro compasivo Redentor. Esto doblega el orgullo del corazón y es una crucifixión del yo”.-*Review and Herald*, 5 de marzo de 1889.

¡Qué poderoso avivamiento de auténtica piedad, qué restauración de la vida espiritual, qué purificación del pecado, qué bautismo del Espíritu, y qué manifestación de poder divino para la finalización de la obra en nuestra vida y en el mundo podrían haber sucedido al pueblo de Dios, si todos nuestros pastores hubieran salido de aquel Congreso como esta leal y obediente sierva del Señor!

Oposición y rechazo

¡Qué triste, cuán profundamente lamentable, es que este mensaje de la justificación en Cristo se topase, en el momento de su presentación, con la oposición por parte de hombres fervorosos y bien intencionados en la causa de Dios! El mensaje nunca ha sido recibido ni proclamado, ni se le ha dado el libre curso que debería haber tenido para transmitir a la iglesia las bendiciones inmensurables que guardaba en su seno. La gravedad de ejercer tal influencia queda indicada por los reproches que se dieron. Estas palabras de reproche y admonición deberían recibir la más atenta consideración en nuestros días:

“Dios ha suscitado hombres para afrontar la necesidad de este tiempo que clamen a voz en cuello, sin detenerse, que alcen su ‘voz como una trompeta’ y anuncien ‘a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado’. Su obra no es solo proclamar la ley, sino predicar la verdad para este tiempo: el Señor, justicia nuestra. [...]

“Pero hay quienes no ven necesidad alguna de una obra especial en este tiempo. Aunque Dios obra para despertar a la gente, ellos buscan soslayar el mensaje de advertencia, reproche y ruego. Su influencia tiende a acallar los temores de la gente y a impedirle despertar a la solemnidad de este tiempo. Los que esto hacen están dando a la trompeta un sonido incierto. Deberían despertar a la situación, pero han caído en la trampa del enemigo”.-*Review and Herald*, 13 de agosto de 1889.

Fijémonos en la grave acusación que sigue:

“Encontraréis a quienes digan: ‘Estáis demasiado alborotados por el asunto. Os lo tomáis demasiado en serio. No debierais estar echando mano de la justicia de Cristo ni darle tanta importancia. Deberíais estar predicando la ley’. Como pueblo, hemos predicado la ley hasta que estamos tan secos como los montes de Gilboa, que no tenían ni lluvia ni rocío. Debemos predicar a Cristo en la ley, y habrá savia y alimento en la predicación que será como forraje para el famélico rebaño de Dios. No debemos confiar en absoluto en nuestros propios méritos, sino en los méritos de Jesús de Nazaret”.-*Review and Herald*, 11 de marzo de 1890.

Notemos también la grave implicación de las siguientes declaraciones:

“Algunos de nuestros hermanos no aceptan el mensaje de Dios sobre este tema. Parecen

inquietos por que ninguno de nuestros pastores se aparte de su forma anterior de enseñar las viejas doctrinas. Preguntamos: ¿No es hora de que llegue al pueblo de Dios nueva luz que lo despierte a un fervor y un celo mayores? En gran medida, hemos perdido de vista las promesas sumamente grandiosas y preciosas que nos son dadas en las Sagradas Escrituras, tal como el enemigo de toda justicia diseñó que ocurriera. Ha proyectado su propia sombra oscura entre nosotros y nuestro Dios para que no podamos ver el verdadero carácter de Dios”. –*Review and Herald*, 1 de abril de 1890.

“Dios ha enviado a su pueblo testimonios de verdad y justicia, y están llamados a ensalzar a Jesús y a exaltar su justicia. Las personas enviadas por Dios con un mensaje son solo hombres, pero, ¿cuál es el carácter del mensaje que portan? ¿Osaréis apartaros de las advertencias, o menospreciarlas, porque Dios no os consultó qué sería preferible? Dios llama hombres que hablen, que clamen a voz en cuello, sin detenerse. Dios ha suscitado a sus mensajeros para que hagan su obra para este tiempo. Algunos se han apartado del mensaje de la justicia de Cristo para criticar a los hombres”. –*Review and Herald*, 27 de diciembre de 1890.

“El Señor ha enviado un mensaje para llevar a su pueblo al arrepentimiento y a hacer las primeras obras; pero ¿cómo ha sido recibido su mensaje? Aunque algunos lo han atendido,

otros han echado desprecio y reproche sobre el mensaje y el mensajero. Con la espiritualidad sofocada, la humildad y la sencillez infantil desaparecidas, una profesión de fe mecánica y formal ha ocupado el lugar del amor y la devoción. ¿Ha de proseguir este luctuoso estado de cosas? ¿Ha de apagarse la lámpara del amor de Dios, sumida en las tinieblas?”.-*Review and Herald*, separata del 23 de diciembre de 1890.

Para no perder la fuerza de estos mensajes, que suponen un fuerte toque de atención para la conciencia, recapitulemos los puntos más destacados:

1. Dios suscitó hombres para afrontar la necesidad de la época.
2. Algunos procuraron soslayar el mensaje y evitar un despertar entre el pueblo.
3. Tales personas habían caído en la trampa del enemigo y daban a la trompeta un sonido incierto.
4. Estos hombres declaraban que había que predicar la Ley, no la justicia de Cristo.
5. Se exhorta a predicar a Cristo en la Ley.
6. Algunos temían un alejamiento de la manera anterior de predicar las viejas doctrinas.
7. Dios suscitó hombres para pregonar el mensaje de la justificación por la fe.
8. El reto: “¿Osaréis apartaros de las advertencias, o menospreciarlas?”. El doble resultado del rechazo del mensaje.
 - a. El sofocamiento de la espiritualidad.
 - b. El influjo de una profesión de fe mecánica y formal.
9. La pregunta culminante: “¿Ha de proseguir este luctuoso estado de cosas?”.

¡Es, verdaderamente, una recapitulación aleccionadora!

Los resultados de la división de opiniones

La división y el conflicto que surgieron entre los dirigentes a causa de la oposición al mensaje de la justicia en Cristo, produjeron una reacción muy desfavorable. La feligresía estaba confundida, y no sabía qué hacer. Sobre esta reacción, leemos:

“Si todos nuestros hermanos fueran obreros junto con Dios, no dudarían que el mensaje que nos ha enviado estos dos últimos años proviene del Cielo. Nuestros jóvenes recurren a nuestros hermanos de más edad, y cuando ven que no aceptan el mensaje, sino que lo tratan como si fuese inconsiguiente, influye en los que son ignorantes de las Escrituras para que rechacen la luz. Estos hombres que se niegan a recibir la verdad se interponen entre el pueblo y la luz. Pero no hay excusa alguna para que nadie rechace la luz, porque ha sido claramente revelada. No hay necesidad alguna de que nadie esté en la ignorancia [...]. En lugar de echar vuestro peso contra el carro de la verdad que está siendo empujado cuesta arriba por un camino empinado, deberíais trabajar con toda la energía que podáis reunir para impulsarlo”.-*Review and Herald*, 18 de marzo de 1890.

“Llevamos casi dos años instando a la gente a levantarse y aceptar la luz y la verdad referentes a la justicia de Cristo, pero no sabe si venir y aferrarse de esta preciosa verdad o no. Está atada por sus propias ideas. No deja

que entre el Salvador”.-*Review and Herald*, 11 de marzo de 1890.

“Algunos se han apartado del mensaje de la justicia de Cristo para criticar a los hombres. [...] No se comprenderá el mensaje del tercer ángel; los que se niegan a caminar en su gloria progresiva dirán de la luz que iluminará la Tierra con su gloria que es una luz falsa. La labor que se podría haber realizado quedará por hacer por los que rechazan la verdad a causa de su incredulidad. Rogamos a los que os oponéis a la luz de la verdad que os apartéis del camino del pueblo de Dios. Dejad que la luz enviada por el cielo brille sobre él con rayos claros y constantes”.-*Review and Herald*, 27 de mayo de 1890.

“La ceguera espiritual de muchos de nuestros hermanos causa tristeza en el cielo. [...] El Señor ha suscitado mensajeros, los ha dotado de su Espíritu, y les ha dicho: ‘Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado’ [Isa. 58:1]. No corra nadie el riesgo de interponerse entre el pueblo y el mensaje del Cielo. El mensaje de Dios llegará a la gente; y si no hubiese voz entre los hombres para darlo, las mismas piedras clamaríań.

“Invito a todo predicador a buscar al Señor, a hacer a un lado el orgullo y la lucha por la supremacía, y a humillar su corazón delante de Dios. Es la frialdad del corazón, la incredulidad de los que debieran tener fe, lo

que mantiene débiles a las iglesias".-*Review and Herald*, 26 de julio de 1890.

No debiéramos pasar por alto la solemne importancia de estas palabras forjadas en el cielo. Fijémonos bien en estas afirmaciones de claridad cristalina:

1. El mensaje de 1888-1890 provenía del Cielo.
2. Su rechazo por parte de algunos de los hermanos más experimentados llevó a los más jóvenes a la incertidumbre y la confusión.
3. Los que rechazaron el mensaje se interpusieron entre el pueblo y la luz.
4. No hay excusa alguna; la luz ha sido claramente revelada.
5. La razón por la que los hombres son lentos en aferrarse de esta preciosa verdad es que están atados por sus propias ideas.
6. Algunos se han apartado del mensaje, para criticar a los mensajeros.
7. Los que se nieguen a caminar en esta luz progresiva serán incapaces de comprender el mensaje del tercer ángel.
8. Los que se nieguen a caminar en esta luz celestial, que ha de iluminar la Tierra con su gloria, la llamarán una "luz falsa".
9. Como consecuencia de su incredulidad, quedará sin realizar trabajo fundamental.
10. Emplazamiento solemne a los que se oponen a la luz para que se aparten "del camino" del pueblo de Dios.
11. Tal ceguera espiritual causa "tristeza en el cielo".
12. La garantía firme de que Dios "ha suscitado mensajeros [y] los ha dotado de su Espíritu".
13. Si no hubiera habido voz humana para dar el mensaje, las mismas piedras habrían clamado.
14. El llamamiento a todo pastor para que humille el corazón ante Dios, para que la iglesia pueda recibir fortaleza

espiritual.

Un comentario sobre advertencias y súplicas tan solemnes seguramente sería superfluo.

Los principios fundamentales que están en juego

Detrás de la oposición se revela la astuta trama de esa mente maestra del mal, el enemigo de toda justicia. El hecho mismo de su determinación en neutralizar el mensaje y sus inevitables efectos es evidencia de su gran valor e importancia; ¡y cuán terribles deben de ser los resultados de cualquier victoria suya, en su derrota! Sobre la astuta trama de Satanás, se nos da la clara advertencia:

“El enemigo del hombre y de Dios no está dispuesto a que esta verdad [la justificación por la fe] se presente con claridad; porque sabe que si la gente lo recibe en su plenitud, su poder será quebrantado. Si puede controlar la mente de modo que la duda, la incredulidad y la oscuridad constituyan la experiencia de quienes pretenden ser hijos de Dios, puede vencerlos con la tentación”.*—Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889.

“Nuestra posición actual es interesante y peligrosa. El peligro de rechazar la luz del Cielo debería hacernos vigilantes en la oración, para que ninguno de nosotros tenga un corazón malo lleno de incredulidad. Cuando el Cordero de Dios fue crucificado en el Calvario, sonó el toque de difuntos por Satanás; y si el enemigo de la verdad y la justicia puede borrar de la mente la idea de

que es necesario depender de la justicia de Cristo para la salvación, lo hará. Si Satanás consigue tener éxito en llevar al hombre a atribuir valor a sus propias obras como obras de mérito y justicia, sabe que puede vencerlo mediante sus tentaciones y convertirlo en su víctima y su presa. Ensalzad a Jesús ante la gente. Untad las jambas y el dintel con la sangre del Cordero del Calvario, y seréis salvos”.-ibíd.

Una vez más, resumamos estas declaraciones, dada su enorme relevancia:

1. Satanás no está dispuesto a que se presente la verdad de la justificación por la fe.
2. La razón es que si esta verdad es recibida en su plenitud por parte de la gente, su poder quedará quebrantado.
3. Si Satanás puede difundir duda e incredulidad en torno a las personas, puede vencerlas a través de la tentación.
4. El empeño de Satanás está en borrar de la mente la idea de que es necesario depender de la justicia de Cristo para la salvación.
5. Satanás sabe que si puede llevar a los hombres a depender de sus propias obras para la justificación, serán sus víctimas.
6. Por lo tanto, se oye el llamamiento: Ensalzad al Salvador crucificado y poned vuestra confianza en su sangre.

¡Qué llamamiento a la oración se presenta aquí! ¡Cómo deberíamos buscar a Dios con humildad, en pos de la unción del colirio celestial! Solo mediante la plena aceptación y la apropiación de estas disposiciones puede prepararse un pueblo para que esté en pie sin mancha ni arruga ante un Dios santo, en su Venida. Solo así pueden guardarse verdaderamente sus Mandamientos, y solo

mediante este poder divino puede la iglesia llevar a su término el gran encargo que recibió.

1888 y el mensaje del tercer ángel

El estudio minucioso de la instrucción dada por la mensajera del Dios nos impele a la profunda convicción de que la presentación del mensaje de la justificación por la fe en el Congreso de Mineápolis fue una providencia señalada de Dios; providencia diseñada para dar comienzo a una nueva era en la finalización de su obra. La siguiente declaración, escrita solo cuatro años después del Congreso de Mineápolis de 1888, da pie a esta conclusión:

“El tiempo de prueba está precisamente delante de nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra”.-*Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 425.

En el párrafo anterior, las declaraciones son de naturaleza casi alarmante. Tienen una relación muy trascendental con la obra que los adventistas del séptimo día llevamos adelante y, por lo tanto, resultan del máximo interés para todas las personas relacionadas con la tarea de proclamación del mensaje del tercer ángel. Volvamos a leer el párrafo desde un punto de vista analítico:

1. El tiempo de prueba está precisamente delante de nosotros.
2. El fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado.
3. Comenzó con la revelación de la justicia de Cristo (el mensaje de 1888).
4. Esto marca el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llena toda la Tierra.

Los acontecimientos mencionados en este párrafo son los mismos

que se presentan en Apocalipsis 18:1 y 2: “Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: ‘¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible’ ”.

Cabría prestar atención detenida a la explicación de este pasaje bíblico dada por el Espíritu de Profecía:

“Vi ángeles que apresuradamente iban y venían de uno a otro lado del cielo, bajaban a la Tierra y volvían a subir al cielo, como si se prepararan para cumplir un extraordinario acontecimiento. Después vi otro ángel poderoso, al que se ordenó que descendiera a la Tierra y uniera su voz a la del tercer ángel para dar fuerza y vigor a su mensaje. Ese ángel recibió gran poder y gloria, y al descender dejó toda la Tierra iluminada con su gloria. La luz que rodeaba a este ángel penetraba por doquiera mientras clamaba con fuerte voz [...]. La obra de este ángel comienza a tiempo para unirse a la última magna obra del mensaje del tercer ángel cuando este se intensifica hasta ser un fuerte pregón. Así se prepara el pueblo de Dios para afrontar la hora de la tentación que ha de asaltarlos. Vi que sobre los fieles reposaba una luz impresionante, y que se unían para proclamar sin temor el mensaje del tercer ángel”. –*Primeros escritos*, pp. 331, 332.

El panorama de acontecimientos presentado en este párrafo es tan amplio y está tan lleno de significado, que puede resultar útil

fijarse en cada acontecimiento por separado:

1. Un ángel poderoso desciende del cielo a la Tierra.
2. La labor de este ángel es:
 - a. Unir su voz a la del tercer ángel.
 - b. Dar fuerza y vigor al mensaje del tercer ángel.
3. Este ángel recibió gran poder y gloria:
 - a. La Tierra fue iluminada con su gloria.
 - b. La luz penetraba por todos lados.
4. La obra de este ángel poderoso comienza a tiempo para unirse a la última magna obra del mensaje del tercer ángel.
5. Como consecuencia de la llegada de este ángel poderoso, el mensaje se intensifica hasta convertirse en un fuerte pregón.
6. El poder que acompaña a este ángel poderoso prepara al pueblo de Dios para que esté de pie en la hora de la prueba.
7. Esta preparación es reconocida por el Cielo, en la concesión de una “luz impresionante” que reposaba sobre el pueblo de Dios.
8. El resultado de todos estos acontecimientos es un pueblo unido que proclama sin temor el mensaje del tercer ángel.

Inseparablemente relacionado con este programa de grandes acontecimientos, se halla el derramamiento de la “lluvia tardía” sobre la iglesia remanente. Fijémonos en el siguiente párrafo:

“Durante ese tiempo, cuando se esté terminando la obra de la salvación, vendrá aflicción sobre la Tierra, y las naciones se airarán, aunque serán mantenidas en jaque para que no impidan la realización de la obra del tercer ángel. En ese tiempo, descenderá la ‘lluvia tardía’, o refrigerio de la presencia del Señor, para dar poder a la voz fuerte del tercer ángel, y preparar a los santos para que puedan

subsistir durante el plazo cuando las siete posteriores plagas serán derramadas”.-ibid., p. 120.

Esto sitúa el derramamiento de la lluvia tardía con el fuerte pregón, la revelación de la justicia de Cristo y la inundación de la Tierra con la luz del mensaje del tercer ángel.

Este es un programa de acontecimientos verdaderamente apasionante. Fue esbozado por el Espíritu de Profecía al comienzo mismo de nuestro movimiento. Y luego, para despertarnos y alertarnos sobre su gran importancia, se nos dio un mensaje sumamente solemne e impresionante en cuanto a los mismos acontecimientos tras el memorable Congreso de 1888. Las siguientes declaraciones vitales tomadas de ese mensaje darán énfasis al tema objeto de consideración:

1. *Un período de intensa actividad.*

“Los días en que vivimos son de intensa actividad y están llenos de peligro. Las señales de la venida del fin se están enmarañando a nuestro alrededor, y han de llegar a ocurrir acontecimientos que serán de un carácter más terrible que cualquiera de que el mundo haya sido testigo aún”.

2. *Comienza el “fuerte pregón”.*

“El tiempo de prueba está precisamente delante de nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la Tierra”.

3. *La preparación esencial para estar de pie en el tiempo de angustia.*

“Si queréis salir incólumes del tiempo de angustia, debéis

conocer a Cristo y apropiáros del don de su justicia, la cual imputa al pecador arrepentido”.

4. El mensaje que ha de predicarse.

“Ha de realizarse en la Tierra una labor similar a la que tuvo lugar en el derramamiento del Espíritu Santo en los días de los primeros discípulos, cuando *predicaban a Jesús y a este crucificado*. Se convertirán muchos en un día; porque el mensaje avanzará con poder”.

“El tema que atrae el corazón del pecador es Cristo y Cristo crucificado. Sobre la cruz del Calvario, Jesús se revela al mundo en un amor sin paralelo. *Presentadlo a las multitudes hambrientas*, y la luz de su amor ganará a los hombres y los llevará de las tinieblas a la luz, de la transgresión a la obediencia y la verdadera santidad. La contemplación de Cristo en la cruz del Calvario despierta la conciencia para que perciba el carácter odioso del pecado como no puede hacerlo ninguna otra cosa”.

“Cristo no ha sido presentado en relación con la Ley como un fiel y misericordioso sumo sacerdote, que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. No ha sido alzado ante el pecador como el Sacrificio divino. Su labor como sacrificio, sustituto y garantía solo ha sido tratada de forma fría y casual; pero esto es lo que el pecador precisa conocer. *Cristo en su plenitud como Salvador que perdona el pecado* es lo que el pecador debe ver; porque el sin igual amor de Cristo, por la mediación del Espíritu Santo, llevará convicción y conversión al corazón endurecido”.

5. El poder que da eficacia a la predicación.

“La labor del Espíritu Santo es incommensurablemente

grande. *De esta fuente, llegan el poder y la eficacia al obrero de Dios; y el Espíritu Santo es el Consolador, como la presencia de Cristo para el alma*".

"Cuando la Tierra sea iluminada con la gloria de Dios, veremos una obra similar a la que se dio cuando los discípulos, *llenos del Espíritu Santo*, proclamaron el poder de un Salvador resucitado".

"La revelación de Cristo por parte del Espíritu Santo les llevó [a los discípulos] una conciencia de su poder y su majestad, y extendieron sus manos hacia él por la fe diciendo: 'Creo'. Así ocurrió en la época de la lluvia temprana; pero la lluvia tardía será más abundante. El Salvador de los hombres será glorificado, y la Tierra será iluminada con el brillante resplandor de los rayos de su justicia".-Las cinco citas anteriores pertenecen a un artículo titulado 'The Perils and Privileges of the Last Days' [Los peligros y los privilegios de los últimos días], publicado en la *Review and Herald* el 22 y el 29 de noviembre de 1892.

Se verá que todos estos acontecimientos están asociados para que se den a la vez. Puestos en su orden natural, se producen como sigue:

1. La revelación de la justicia de Cristo y su apropiación por la fe.
2. La concesión de la lluvia tardía.
3. La entrega de gran poder a sus receptores.
4. La intensificación del mensaje del tercer ángel hasta convertirse en el "fuerte pregón".
5. La iluminación de la Tierra con el "brillante resplandor de los rayos de su justicia".

Resulta evidente que el comienzo o la inauguración de todos estos

episodios se produce al mismo tiempo. La aparición de uno es una señal para que aparezcan todos.

Y ahora, fijémonos en esta impactante declaración:

“El fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la Tierra”.-*Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892.

Esto fue dicho en 1892. ¿Qué marcaba la nueva revelación de la justicia de Cristo y el comienzo del fuerte pregón? Según señala la propia declaración, fue “la revelación de la justicia de Cristo” presentada en el Congreso de Mineápolis.

Ahora bien, estas significativas manifestaciones están ordenadas por Dios para la terminación de su obra en la Tierra. Cuando empezaron, marcaron el momento del inicio para esa obra final. Ese lugar y esa hora fueron alcanzados en 1888.

Esta es una conclusión extraordinaria. Pero ¿qué otra conclusión puede extraerse, con todas las declaraciones que hay ante nosotros? ¿Por qué habría que pensar que esta conclusión es increíble? Creemos que las declaraciones son verdad. Hemos buscado su cumplimiento. Nuestra espera del cumplimiento ha sido inquieta y larga. Alguien será testigo del cumplimiento. ¿Por qué no podemos verlo nosotros y estar presentes en él?

¿No deberíamos procurar conocer con mayor seriedad y mayor fervor lo que puede estar dificultando el cumplimiento con todo su poder? Y ¿por qué no íbamos a orar, para tener el anhelo de cooperar con el Señor en acelerar su obra hasta su terminación?

El mensaje del tercer ángel en verdad

En la mente de algunos que oyeron el mensaje de la justificación por la fe presentado en el Congreso de Mineápolis, surgió una pregunta vital en cuanto a la relación que ese mensaje tenía con el mensaje del tercer ángel. En su perplejidad, varios escribieron a Elena de White pidiéndole que expresara su punto de vista sobre esta cuestión.

En cuanto a esta consulta y a su respuesta, disponemos de su declaración publicada. Dice lo siguiente:

“Varios me han escrito preguntándome si el mensaje de la justificación por la fe es el mensaje del tercer ángel, y he contestado: ‘Es el mensaje del tercer ángel en verdad’”.
”.-*Review and Herald*, 1º de abril de 1890;
Mensajes selectos, t. 1, p. 437.

En esta declaración hay algo más que una respuesta breve, clara y contundente a la pregunta. Tiene un significado profundo y vital. Pronuncia una solemne advertencia, y realiza un llamamiento inteligente y enfático a todo creyente del mensaje del tercer ángel. Emprendamos un estudio minucioso de la declaración.

Se afirma que la justificación por la fe ES “el mensaje del tercer ángel en verdad”. La expresión “en verdad” significa “de hecho”; “en realidad”; “de verdad de la buena”. Significa que el mensaje de la justificación por la fe y el mensaje del tercer ángel son lo mismo en propósito, en alcance y en resultados.

La justificación por la fe es el medio que Dios tiene para salvar a los pecadores; es la vía para convencer a los pecadores de su culpa, de su condena y de su situación completamente arruinada y

perdida. También es el acto a través del cual Dios puede cancelar su culpa, librarlos de la condenación que exige la Ley divina y darles una nueva situación recta ante él y su santa Ley. La justificación por la fe es la forma que Dios tiene de transformar seres humanos débiles, pecaminosos y derrotados, convirtiéndolos en cristianos firmes, rectos y victoriosos.

Ahora bien, si es cierto que la justificación por la fe es “el mensaje del tercer ángel en verdad” –de hecho, en realidad–, debe ser que la interpretación y la apropiación del mensaje del tercer ángel están pensadas para que realicen, por quienes lo reciben y en ellos, la obra plena de la justificación por la fe. Que este es su propósito resulta evidente por las consideraciones siguientes:

1. Se declara que el gran mensaje triple de Apocalipsis 14, que denominamos con la expresión “el mensaje del tercer ángel”, es “el evangelio eterno” (Apoc. 14:6).
2. El mensaje presenta el solemne anuncio de que “la hora de su juicio ha llegado”.
3. Exhorta a todos los que han de encontrarse con Dios en su gran tribunal para ser juzgados por su justa Ley, a que teman a Dios, den gloria y adoren a Aquel “que hizo el cielo y la tierra” (vers. 7).
4. El resultado, o los frutos, de este mensaje de advertencia y admonición es la aparición de un pueblo del que se declara: “Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 12).

En todo esto tenemos los hechos de la justificación por la fe. El mensaje es el evangelio de la salvación del pecado, la condenación y la muerte. El Juicio pone a los seres humanos cara a cara con la Ley de justicia, por la que han de ser probados. Debido a su culpa y su condenación, se les advierte que teman y adoren a Dios. Esto conlleva un convencimiento de la culpa, arrepentimiento y

confesión, y a la muerte del yo. Esta es la base del perdón, la purificación y la justificación. La dulce y hermosa gracia de la paciencia se ha entretejido en el carácter de aquellos que se adentran en esta experiencia, en una época de irritabilidad omnipresente y de irascibilidad ardiente, que están destruyendo la paz, la felicidad y la seguridad de los seres humanos. ¿Qué es esto, sino la justificación por la fe? La Palabra declara que “justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1).

Pero, además, estos creyentes “guardan los mandamientos de Dios”. Han experimentado el maravilloso cambio de odiar y transgredir la Ley de Dios a amar y guardar sus justos preceptos. Su situación ante la Ley ha cambiado. Su culpa ha sido cancelada; su condena ha sido eliminada, y la sentencia de muerte ha sido anulada. Habiendo aceptado a Cristo como Salvador, han recibido su justicia y su vida.

Esta maravillosa transformación solo puede ser obrada por la gracia y el poder de Dios, y se realiza únicamente por aquellos que se aferran a Cristo como su sustituto, su garantía, su Redentor. Por lo tanto, se dice que “guardan [...] la fe de Jesús”. Esto revela el secreto de su experiencia rica y profunda. Se aferran de la fe de Jesús; esa fe mediante la cual triunfó sobre los poderes de las tinieblas.

“Cuando el pecador cree que Cristo es su Salvador personal, entonces, de acuerdo con la promesa infalible de Jesús, Dios le perdonará su pecado y lo justificará gratuitamente. El alma arrepentida comprenderá que su justificación viene de Cristo, que, como su sustituto y garantía, ha muerto por ella, y es su expiación y justificación”. -*Review and Herald*, 4 de

noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p.
430.

Como ya hemos dicho, encontramos en la experiencia de los que vencen en el mensaje del tercer ángel todos los hechos de la justificación por la fe. Por esta razón, es del todo cierto que la justificación por la fe ES “el mensaje del tercer ángel en verdad”.

Y aquí bien puedo llamar la atención sobre el hecho de que tanto la justificación por la fe como el mensaje del tercer ángel son el evangelio de Cristo en verdad. Esto se pone de manifiesto por una declaración del apóstol Pablo, cuando dice que el evangelio de Cristo “es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree [...], pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe” (Rom. 1:16, 17).

Los hechos aquí presentados son estos:

1. El evangelio es una manifestación del poder de Dios en operación, que libra a los pecadores de sus pecados y que implanta en ellos su propia justicia.
2. Pero esto se hace únicamente para los que creen.
3. Esto es ser justificado, o hecho recto, por la fe.
4. Y este es el propósito tanto del mensaje de la justificación por la fe como del mensaje del tercer ángel.

Entonces, ¿cuál es la trascendental lección que aprendemos de la declaración que estamos analizando? ¿Cuál es la advertencia que pronuncia? Claramente, la siguiente: que cuantos acepten el mensaje del tercer ángel deberían experimentar la justificación por la fe. Deberían lograr que Cristo se revelase a ellos y en ellos. Deberían conocer por experiencia personal la obra de la regeneración. Deberían tener la más plena certidumbre de que han nacido de nuevo, de lo alto, y de que han pasado de muerte a vida. Deberían saber que su culpa ha sido cancelada, que han sido

librados de la condenación de la Ley, y que así, están listos para aparecer ante el tribunal de Cristo. Deberían saber por experiencia victoriosa que se han aferrado de “la fe de Jesús”, que son guardados por ella, y que por medio de esta fe están capacitados para guardar los Mandamientos de Dios.

No tener tal experiencia conllevará la pérdida de la virtud real, vital y redentora del mensaje del tercer ángel. A no ser que se obtenga esta experiencia, el creyente únicamente tendrá la teoría, las doctrinas, las formas y las actividades del mensaje. Se demostrará que ello es un error fatal y terrible. La teoría, las doctrinas, incluso las actividades más fervorosas del mensaje, no pueden salvar del pecado ni preparar el corazón para encontrarse con Dios en el juicio.

Se nos advierte, precisamente, sobre el peligro de cometer este error fatal. El formalismo –tener “en la ley la forma del conocimiento y de la verdad”, sin poseer una experiencia viva en Cristo– es el arrecife oculto que ha llevado al naufragio a incontables profesos seguidores de Cristo. Se nos advierte seriamente respecto de este peligro.

Pero hay algo más que advertencia en esa declaración. También hay un llamamiento: un llamamiento fervoroso y cautivador a entrar en comunión con nuestro Señor Jesucristo. Hay un llamamiento a las cotas más elevadas de la experiencia cristiana. Tenemos la certeza de que cuando seamos justificados por la fe tendremos paz con Dios, y de que podremos regocijarnos continuamente en la esperanza de la gloria de Dios. Se nos ha prometido que no nos veremos avergonzados por la derrota en nuestro conflicto con el pecado, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom. 5:5).

¡Oh, si todos hubiésemos escuchado como debíamos tanto la

advertencia como el llamamiento cuando se nos presentaron de esa manera aparentemente extraña, pero impresionante, en el Congreso de 1888! ¡Qué incertidumbre se habría eliminado! ¡Qué extravíos, derrotas y pérdidas se habrían evitado! ¡Qué luz, bendición, triunfo y progreso habrían venido sobre nosotros! No obstante, gracias sean dadas a Aquel que nos ama con amor eterno: no es demasiado tarde ni aun ahora para responder de todo corazón tanto a la advertencia como al llamamiento, ni para recibir los grandes beneficios provistos.

Una verdad fundamental que todo lo abarca

En los capítulos anteriores hemos abordado el tema de la justificación por la fe principalmente desde su desarrollo histórico: el momento, el lugar y la manera en que el Señor escogió poner a su pueblo cara a cara frente a esta verdad vital y fundamental del evangelio, con el fin de añadir fuerza, poder y expansión a la proclamación del mensaje del tercer ángel, que especialmente les había sido encomendado. Llegamos ahora a un análisis del tema en su aspecto más amplio, tal y como es presentado en los escritos de Elena de White.

El Congreso de Mineápolis levantó sus sesiones con la mente de los delegados sumergidas en mayor o menor grado de incertidumbre y confusión en cuanto al mensaje de la justificación por la fe que se había presentado. Pero la presentación de esta verdad vital, con toda la agitación, el debate y la perplejidad que ocasionó, no fue en vano de modo alguno. Dio inicio a ideas y a un estudio nuevos en cuanto al gran tema de la justificación por la fe, y llevó a muchos a una comprensión mejor y más rica del Salvador como sustituto y garantía. Entre las mayores de todas las bendiciones que han sucedido a aquel encuentro, ha estado la abundante instrucción que el Señor ha enviado a su pueblo a través de los escritos de la señora White en cuanto a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y de cómo vivió su vida por la fe. Esta instrucción es verdaderamente iluminadora.

Merece la pena señalar que desde el Congreso de Mineápolis nos han llegado, a través del Espíritu de Profecía, los siguientes libros:

- *El camino a Cristo*, 1892.
- *El discurso maestro de Jesucristo*, 1896.
- *El Deseado de todas las gentes*, 1898.
- *Palabras del vida del gran Maestro*, 1900.

- *El ministerio de curación*, 1905.
- *Los hechos de los apóstoles*, 1911.

Es bien sabido, para cuantos hemos leído estos libros, que el tema fundamental de cada uno es: Cristo -su vida victoriosa, su sacrificio expiatorio en la cruz-, y cómo puede constituirse ahora para nosotros, pobres mortales, en sabiduría, justificación, santificación y redención.

Además de estos libros profundamente espirituales, se nos han enviado decenas y decenas de mensajes a través de la *Review and Herald*, que contienen la instrucción más clara y útil en cuanto al tema de la justificación por la fe. Todo esto es de un valor inapreciable para la iglesia. Arroja un torrente de luz sobre el gran tema de la redención en todas sus fases.

Al profundizar en el estudio del tema de la justificación por la fe tal y como se expone en los escritos del Espíritu de Profecía, es fundamental que tengamos una clara comprensión de su alcance. Esta no es una doctrina de propósito limitado ni de consecuencias nimias. No es un asunto con el que puedas estar familiarizado o no, y que dé igual lo uno que lo otro. La justificación por la fe, en su sentido más amplio, abarca todas las verdades vitales y fundamentales del evangelio. Comienza con la situación mortal del ser humano cuando fue creado y aborda:

1. La Ley por la que ha de vivir el ser humano.
2. La transgresión de la Ley.
3. El castigo por la transgresión.
4. La verdad de la redención.
5. El amor del Padre y del Hijo que hicieron posible la redención.
6. La justicia en la aceptación de un sustituto.
7. La naturaleza de la expiación.
8. La encarnación.

9. La vida inmaculada de Cristo.
10. La muerte vicaria del Hijo de Dios.
11. La sepultura, la resurrección y la ascensión.
12. La garantía dada por el Padre de una sustitución satisfactoria.
13. La venida del Espíritu Santo.
14. El ministerio de Jesús en el Santuario celestial.
15. La parte requerida del pecador para ser redimido.
16. La naturaleza de la fe, el arrepentimiento, la confesión y la obediencia.
17. El significado y la experiencia de la regeneración, la justificación y la santificación.
18. La necesidad y el lugar del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios en hacer real para los hombres lo que se hizo posible en la cruz.
19. La victoria sobre el pecado mediante la morada interna de Cristo.
20. El lugar de las obras en la vida del creyente.
21. El lugar de la oración en la recepción y la retención de la justicia de Cristo.
22. La culminación y la liberación en el regreso del Redentor.

Este es el gran alcance de la verdad abarcada en la expresión ‘justificación por la fe’. “Una llave muy pequeña”, afirma Pierson, “puede abrir una cerradura muy compleja y una puerta muy grande, y la propia puerta puede dar a un edificio muy vasto, con depósitos valiosísimos de riqueza y belleza”. La ‘justificación por la fe’ abre la puerta a todos los valiosísimos depósitos de riqueza y de gloria del evangelio en nuestro Señor Jesucristo.

Vale la pena, a estas alturas, que observemos atentamente algunas de las declaraciones de Elena de White que sirven para introducir o proporcionar un marco apropiado para esta hermosa verdad.

Lleva las credenciales divinas

“El mensaje presente, la justificación por la fe, es un mensaje de Dios. Lleva las credenciales divinas porque su fruto es para santidad”.-*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 421.

Un pensamiento valioso

“El pensamiento de que nos es imputada la justicia de Cristo no debido a ningún mérito de nuestra parte, sino como una dádiva gratuita de Dios, pareció un pensamiento precioso”.-*Mensajes selectos*, t. 1, p. 422.

Es de las melodías más dulces

“Las melodías más dulces que provienen de Dios a través de los labios humanos –la justificación por la fe y la justicia de Cristo– [...]”.-*Review and Herald*, 4 de abril de 1895; *Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 426.

Es una perla blanca pura

“La justicia de Cristo, como una perla blanca pura, no tiene defecto, ni mancha ni falta. Esta justicia puede ser nuestra”.-*Review and Herald*, 8 de agosto de 1899; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 467.

En su sentido más elevado, la justificación por la fe no es una teoría; es una experiencia, un cambio vital que tiene lugar en el creyente en Cristo. Da al pecador un nuevo estatus delante Dios. Es la esencia del cristianismo, porque leemos:

“La suma y la sustancia de todo lo que se refiere a la gracia y a la experiencia cristianas están comprendidas en creer en Jesús, conocer

a Dios y a su Hijo a quien ha enviado”. “La religión significa la morada de Cristo en el corazón, y donde él está, el alma prosigue realizando actividad espiritual, creciendo siempre en gracia, avanzando siempre hacia la perfección”.-*Review and Herald*, 24 de mayo de 1892.

Perder de vista esta verdad maravillosa, fundamental, universalmente abarcante, es perder lo que es vital en el plan de redención.

El peligro mortal del formalismo

Encontramos entrelazadas en toda la instrucción dada por Elena de White en cuanto a la gran importancia de recibir, experimentar y proclamar la misericordiosa verdad de la justificación por la fe, advertencias impresionantes en cuanto al gran peligro del formalismo.

La justificación por la fe no es formalismo. Ambos son diametralmente opuestos. La justificación por la fe es una experiencia, una realidad. Conlleva una completa transformación de la vida. Quien ha entrado en esta nueva vida ha experimentado contrición profunda, y ha efectuado una sentida confesión del pecado y un repudio hacia este. Con su Señor, ha llegado a amar la justicia y a odiar la iniquidad. Y estando justificado –tenido por justo por la fe–, tiene paz con Dios. Es una nueva criatura. Las cosas viejas pasaron; todas se han hecho nuevas.

El formalismo es completamente diferente. Es solo de la mente y aborda lo externo. Se detiene en la teoría de la religión; no va más allá de la forma y la apariencia. Es como la sal que ha perdido el sabor. Es una religión sin gozo ni amor, porque no trae paz, certidumbre ni victoria. El formalismo surge y crece en el corazón natural, en el que hunde sus raíces. Es uno de esos males omnipresentes que el Redentor vino a arrancar y eliminar de nuestro corazón.

El formalismo siempre ha sido un peligro real para la iglesia. Un autor cristiano se ha referido con estas palabras a este sutil peligro:

“El evangelio de lo externo es querido para el corazón humano. Puede adoptar la forma de cultura y reglas morales; o de ‘oficios’ y

sacramentos y orden eclesiástico; o de ortodoxia y filantropía. Estas cosas y otras semejantes se convierten en nuestros ídolos; y la confianza en ellas ocupa el lugar de la fe en el Cristo viviente. No basta que los ojos de nuestro corazón hayan visto una vez al Señor, que en otros tiempos hayamos experimentado ‘la renovación del Espíritu Santo’. Es posible olvidar, posible ‘apartarse de Aquel que nos llamó en la gracia de Cristo’. Con poco cambio en la forma de nuestra vida religiosa, puede desvanecerse por completo su realidad interior de gozo en Dios, de filiación consciente, de comunión en el Espíritu. El evangelio del formalismo surgirá y florecerá en el terreno más evangélico y en las iglesias más estrictamente paulinas. Por muy completamente que se lo proscriba y se lo excluya, sabe cómo encontrar entrada bajo los modos más simples de culto y la doctrina más sana. La apiñada defensa de artículos y confesiones construidos contra él no evitará su entrada, y puede que se demuestre que constituye su tapadera y su atrincheramiento. Nada sirve, como dice el apóstol, sino una constante ‘nueva creación’. La vida de Dios en el alma de los hombres es sostenida por la energía de su Espíritu, perpetuamente renovada, procedente siempre del Padre y el Hijo. ‘Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí’. Esta es la verdadera ortodoxia. La vitalidad de su fe

personal en Cristo mantuvo a Pablo a salvo del error, fiel en voluntad e intelecto al único evangelio”.-G. G. Findlay, The Epistle to the Galatians (Expositor's Bible), pp. 42, 43.

Las advertencias del Espíritu de Profecía abordan los peligros del formalismo en sus muchas fases, según lo indican con claridad los extractos siguientes:

El formalismo en la predicación

“Decenas de hombres han predicado la Palabra cuando ellos mismos no tenían fe en ella ni obedecían sus enseñanzas. Eran inconversos, no estaban santificados ni tenían santidad. Pero si queremos soportar la prueba, debe introducirse la piedad en la vida.

Queremos inspiración proveniente de la cruz del Calvario. Entonces Dios abrirá nuestros ojos para que veamos que no hemos de esperar realizar con éxito obra alguna para el Maestro, a no ser que estemos conectados con Cristo. Si de veras somos colaboradores de Dios, no tendremos una religión científica muerta, sino que nuestro corazón estará lleno de un poder viviente: el Espíritu de Jesús”.-Review and Herald, 31 de enero de 1893.

“Muchos presentan las doctrinas y teorías de nuestra fe; pero su presentación es como sal sin sabor; pues el Espíritu Santo no está trabajando por medio de su ministerio falto de fe. No han abierto el corazón para recibir la gracia de Cristo; no conocen la operación del Espíritu; son como harina sin levadura, pues no hay ningún principio activo en toda su

labor, y dejan de ganar las almas para Cristo. No se apropián de la justicia de Cristo; es un manto que no ha sido usado por ellos, una plenitud desconocida, una fuente no aprovechada”.-Review and Herald, 29 de noviembre de 1892; El evangelismo, pp. 505, 506.

“Se buscan pastores que sientan la necesidad de ser obreros juntamente con Dios, que salgan a elevar el conocimiento espiritual de las personas hasta la plena medida de Cristo. Se buscan pastores que se eduquen mediante la comunión solemne y reverente con Dios en el cuarto, de forma que sean hombres de poder en la oración. La piedad está degenerando, convirtiéndose en una formalidad sin vida, y es necesario confirmar las cosas que están para morir”.-Review and Herald, 24 de mayo de 1892.

“Puede que un hombre predique sermones agradables y entretenidos y que, no obstante, esté lejos de Cristo en lo que respecta a la experiencia religiosa. Puede que sea exaltado hasta el pináculo de la grandeza humana y que, pese a ello, nunca haya experimentado la obra interna de la gracia que transforma el carácter. Tal persona está engañada por su conexión y su familiaridad con las verdades sagradas del evangelio, que han alcanzado el intelecto, pero no han sido llevadas al santuario interior del alma. Debemos tener algo más que una creencia intelectual en la verdad”.-Review and Herald, 14 de febrero de

1899.

“Si pudiéramos dejar los sentimientos fríos y tradicionales que estorban nuestro avance, veríamos el trabajo de salvar almas con una luz completamente diferente”.-Review and Herald, 6 de mayo de 1890.

No basta una teoría de la verdad

“Nuestras doctrinas pueden ser correctas; podemos aborrecer las falsas doctrinas y no recibir a los que no son leales a los principios; podemos trabajar con energía incansable; pero aun esto no es suficiente. [...] No es suficiente una creencia en la teoría de la verdad. El presentar esa teoría a los incrédulos no os constituye en testigos para Cristo”.-Review and Herald, 3 de febrero de 1891; Mensajes selectos, t. 1, pp. 434, 435.

“El problema de nuestra obra ha estado en que nos hemos contentado con presentar una teoría fría de la verdad”.-Review and Herald, 28 de mayo de 1889.

“¡Cuánto más poder acompañaría a la predicación de la palabra hoy si los hombres se espaciaran menos en las teorías y los argumentos humanos y mucho más en las lecciones de Cristo y en la piedad práctica!”.- Review and Herald, 7 de enero de 1890.

La única manera en que la verdad llega a tener valor para el alma

“La verdad no es de valor alguno para ninguna alma, a no ser que sea llevada al santuario interior y santifique el alma. La

piedad degenerará y la religión se convertirá en un sentimentalismo superficial, a no ser que se haga que la reja del arado de la verdad penetre profundamente en la tierra en barbecho del corazón”.–Review and Herald, 14 de mayo de 1892.

“Es esencial un conocimiento teórico de la verdad. Pero el conocimiento de la mayor verdad no nos salvará; nuestro conocimiento debe ser práctico [...]. Hay que llevar la verdad al interior del corazón, santificándolo y limpiándolo de toda mundanalidad y de toda sensualidad en la vida más privada. Debe purificarse el templo del alma”.–Review and Herald, 24 de mayo de 1887.

El mayor engaño en los días de Cristo fue la creencia de que un mero asentimiento a la verdad ya era justicia. En toda la experiencia humana, se ha demostrado que un conocimiento teórico de la verdad es insuficiente para la salvación del alma. No produce los frutos de la justicia. Una consideración celosa por lo que se denomina verdad teológica acompaña a menudo un odio de la verdad genuina manifestada en la vida. Los capítulos más oscuros de la historia están cargados con el registro de delitos cometidos por gente religiosa intolerante. Los fariseos presumían de ser hijos de Abraham y se vanagloriaban de tener los oráculos de Dios; no obstante, esas ventajas no los guardaron del egoísmo, la maldad, la codicia de ganancias, ni de la hipocresía más vil. Se creían los más religiosos del mundo, pero su supuesta ortodoxia los llevó a crucificar al Señor de la gloria.

“Aún subsiste el mismo peligro. Muchos dan por sentado que son cristianos simplemente porque aceptan ciertos dogmas teológicos.

Pero no han hecho penetrar la verdad en la vida práctica. No la han creído ni amado; por lo tanto, no han recibido el poder y la gracia que provienen de la santificación de la verdad. Los hombres pueden profesar creer en la verdad; pero esto no los hace sinceros, bondadosos, pacientes y tolerantes, ni les da aspiraciones celestiales; es una maldición para sus poseedores, y por la influencia de ellos es una maldición para el mundo”.-El Deseado de todas las gentes, p. 279.

“Los tremendos problemas de la eternidad requieren de nosotros algo más que una religión imaginaria, una religión de palabras y formas en que la verdad es dejada en el atrio exterior, para ser admirada como una hermosa flor; exigen algo más que una religión de sentimientos que desconfía de Dios cuando vienen las pruebas y las dificultades. La santidad no consiste en una profesión, sino en alzar la cruz, haciendo la voluntad de Dios”.- Review and Herald, 21 de mayo de 1908.

“En la vida de muchos de aquellos cuyo nombre figura en los libros de la iglesia no ha habido ningún cambio genuino. La verdad se ha mantenido en el atrio exterior. No ha habido ninguna conversión genuina, no se ha realizado en el corazón ninguna obra positiva de la gracia. El deseo que tienen de hacer la voluntad de Dios se basa en su propia inclinación, no en la convicción profunda del Espíritu Santo. Su conducta no es puesta en armonía con la Ley de Dios. Profesan aceptar a

Cristo como Salvador, pero no creen que les dé poder de vencer sus pecados. No tienen una familiaridad personal con un Salvador viviente, y sus caracteres revelan muchas imperfecciones”.–Review and Herald, 7 de julio de 1904.

“Nuestra esperanza ha de quedar constantemente fortalecida por el conocimiento de que Cristo es nuestra justicia. [...] Las opiniones deficientes que tantos han sostenido acerca del exaltado carácter y oficio de Cristo han estrechado su experiencia religiosa y han impedido grandemente su progreso en la vida divina. La religión personal está en un nivel muy bajo entre nosotros como pueblo. Hay mucha forma, mucha maquinaria, mucha religión de la lengua; pero algo más profundo y sólido debe penetrar en nuestra experiencia religiosa. [...] Lo que necesitamos es conocer por experiencia a Dios y el poder de su amor como se revelan en Cristo. [...] Por los méritos de Cristo, por su justicia que nos es imputada por la fe, debemos alcanzar la perfección del carácter cristiano”.–

Testimonios para la iglesia, tomo 5, pp. 693-695 (escrito en 1889).

Una religión fría y legalista, una religión sin Cristo

“Una religión fría y legalista nunca puede conducir las almas a Cristo, pues es una religión sin amor y sin Cristo”.–Review and Herald, 20 de marzo de 1894; Mensajes selectos, t. 1, p. 454.

“La sal salvadora es el primer amor puro, el

amor de Jesús, el oro refinado en el fuego. Cuando esto queda fuera de la experiencia religiosa, Jesús no está ahí; la luz, el resplandor de su presencia, no está ahí. ¿Qué vale, entonces, la religión? Tanto como la sal que ha perdido su sabor. Es una religión sin amor. Entonces hay un empeño por suplir la carencia con una actividad frenética, un celo al que Cristo es ajeno”.-Review and Herald, 9 de febrero de 1892.

Una religión formal desprovista de fe salvadora

“La mucha pompa, las formas y las ceremonias, por imponentes que sean, no vuelven bueno el corazón ni puro el carácter. El verdadero amor hacia Dios es un principio activo, un medio purificador [...]. La nación judía había ocupado la posición más elevada; habían edificado muros gruesos y elevados para aislar de la asociación con el mundo gentil; se habían representado a sí mismos como el pueblo especial y leal que era favorecido por Dios. Pero Cristo señaló que su religión estaba desprovista de fe salvadora”.- Review and Herald, 30 de abril de 1895.

“Es posible ser un creyente nominal y parcial y, no obstante, ser hallado falto y perder la vida eterna. Es posible practicar algunos de los mandatos de la Biblia y que uno sea considerado cristiano y, no obstante, perecer porque se carece de los requisitos esenciales que constituyen el carácter cristiano”.-Review and Herald, 11 de enero de 1887.

“El aceptar el credo de una iglesia no es de

ningún valor para ninguna persona, si el corazón no experimenta un verdadero cambio. [...] Puede haber hombres que sean miembros de iglesia y es posible que trabajen diligentemente, llevando a cabo una serie de tareas año tras año, y que, no obstante, no estén convertidos”.-Review and Herald, 14 de febrero de 1899.

“Hay una forma de religión que no es más que egoísmo. Se deleita en los placeres mundanos. Se satisface en contemplar la religión de Cristo, y nada sabe de su poder salvador. Los que poseen esta religión consideran livianamente el pecado porque no conocen a Jesús. Mientras están en esta condición, estiman el deber muy livianamente”.-Review and Herald, 21 de mayo de 1908.

“Es doloroso ver la incredulidad que existe en el corazón de muchos de los profesos seguidores de Dios. Tenemos las verdades más preciosas jamás confiadas a mortales, y la fe de los que han recibido estas verdades debería corresponderse con su grandeza y su valor”.- Review and Herald, 5 de marzo de 1889.

“Hay muchos que no sienten aversión al sufrimiento, pero no ejercen una fe simple y viviente. Dicen que no saben qué significa tomarle la palabra a Dios. Tienen una religión de formas y observancias externas”.-ibíd.

“Todos los que lucen los ornamentos del Santuario, pero no están vestidos de la justicia de Cristo, serán vistos en la vergüenza de su

desnudez”.-Testimonios para la iglesia, tomo 5, p. 76.

“Las cinco vírgenes fatuas tenían lámparas (esto significa un conocimiento de la verdad bíblica), pero no tenían la gracia de Cristo. Día tras día participaban ellas en una serie de ceremonias y deberes externos, pero su servicio era sin vida, estaba privado de la justicia de Cristo. El Sol de justicia no brillaba en sus corazones y en sus mentes, y no tenían el amor de la verdad que se conforma a la vida y al carácter, a la imagen y a la revelación de Cristo. El aceite de la gracia no estaba mezclado con sus esfuerzos. Su religión era una cáscara vacía, sin el verdadero meollo. Se atenían a las formas de las doctrinas, pero estaban engañadas en su vida cristiana plena de justicia propia, y dejaban de aprender lecciones en la escuela de Cristo, que, si hubieran sido practicadas, las hubieran hecho sabias en cuanto a la salvación”.-Review and Herald, 27 de marzo de 1894.

El peligro de depender de planes y métodos humanos

“Mientras nos encerremos en la justicia propia y en la confianza en las ceremonias y dependamos de reglas rígidas, no podremos hacer la obra para este tiempo”.-Review and Herald, 6 de mayo de 1890.

“La observancia de las formas externas no habrá de satisfacer nunca la gran necesidad del alma humana. El profesar creer en Cristo no lo capacitará a uno lo suficiente para resistir la prueba del día del juicio”.-Review

and Herald, 25 de enero de 1887.

“No olvidemos que a medida que aumenta la actividad, y tenemos éxito en realizar la tarea que debe ser hecha, hay peligro de que confiemos en los planes y los métodos humanos. Hay una tendencia a orar menos y a tener menos fe”.-Review and Herald, 4 de julio de 1893.

“No ha habido discernimiento de las cosas espirituales. Se han exaltado la apariencia y la organización como poder, mientras que se ha hecho de las virtudes de la auténtica bondad, la noble piedad y la santidad del corazón una consideración secundaria. Lo que debería haber ocupado el primer lugar ha ocupado el último y se le ha dado la menor importancia”.-Review and Herald, 27 de febrero de 1894.

“Cuando el ayuno y la oración se practican con un espíritu de justicia propia, esto resulta algo abominable para Dios. La reunión solemne para el culto, la rutina de las ceremonias religiosas, la humillación externa, el sacrificio impuesto, todos proclaman al mundo el testimonio de que quien realiza esas cosas se considera justo. Esas cosas llaman la atención al que observa esos rigurosos deberes y dice: ‘Este hombre tiene derecho al cielo’.

Pero todo es un engaño. Las obras no nos comprarán la entrada en el cielo. [...] La fe en Cristo será el medio por el cual el espíritu y los motivos correctos moverán al creyente, y toda bondad e inclinación celestial procederán de aquel que contempla a Jesús, el autor y

consumidor de su fe”.-Review and Herald, 20 de marzo de 1894; Mensajes selectos, t. 1, pp. 454, 455.

“Hay muchos que parecen imaginarse que las observancias externas son suficientes para la salvación; pero el formalismo y la participación rigurosa en ejercicios espirituales no lograrán llevar la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Solo Jesús puede darnos la paz”.-Review and Herald, 18 de noviembre de 1890.

“Quienes carecen de una experiencia cotidiana en las cosas de Dios no actúan con sabiduría. Puede que tengan una religión legalista, una forma de piedad; puede que haya una apariencia de luz en la iglesia; puede que parezca que toda la maquinaria –invención humana gran parte de ella– funciona bien, pero, no obstante, la iglesia puede estar tan desprovista de la gracia de Dios como los montes de Gilboa de lluvia y rocío”.-Review and Herald, 31 de enero de 1893.

La gran verdad perdida de vista

Que se perdiera de vista una verdad tan fundamental y abarcadora como la justicia imputada y la justificación por la fe por parte de muchos que profesaban piedad y a quienes se había confiado el mensaje final del Cielo a un mundo agonizante, parece increíble; pero tal cosa, según se nos dice con claridad, es un hecho.

“Muchos que han profesado creer el mensaje del tercer ángel han perdido de vista la doctrina de la justificación por la fe”.–*Review and Herald*, 13 de agosto de 1889; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 423.

“No hay uno en cien que entienda por sí mismo la verdad bíblica sobre este tema [la justificación por la fe] que es tan necesario para nuestro bienestar presente y eterno”.–*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 422.

“Estos últimos veinte años, una influencia sutil no consagrada viene guiando a los hombres a recurrir a seres humanos, a vincularse con seres humanos, a descuidar a su Compañero celestial. Muchos se han apartado de Cristo. Han dejado de valorar a Aquel que declara: ‘Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’. Hagamos cuanto esté en nuestro poder por redimir el pasado”.–*Review and Herald*, 18 de febrero de 1904.

Veinte años antes de 1904 incluiría, como mínimo, el grueso del mensaje de 1888 sobre la justificación por la fe, con los mensajes preparatorios que lo precedieron inmediatamente. ¿Qué dicen,

colegas de la obra? ¿No haremos cuanto esté en nuestro poder por redimir el pasado? Puede que al volver de la fiesta nos hayamos olvidado de Jesús, y que sea necesario que lo busquemos afligidos, como José y María en su viaje de regreso a casa desde Jerusalén. Se nos dice que:

“La razón por la cual nuestros predicadores realizan tan poco es porque no andan con Dios. Él se encuentra a un día de camino de la mayor parte de ellos”.-*Testimonios para la iglesia*, t. 1, p. 383.

Es una cuestión individual. Detengámonos y consideremos: ¿Es el Salvador una presencia viva y permanente en mi vida, o se encuentra a “un día de camino”, y son mi vida y mi trabajo el resultado del *recuerdo* de su presencia?

La advertencia escrutadora enviada a través del Espíritu de Profecía en cuanto al gran número de adventistas del séptimo día que habían perdido de vista la “doctrina de la justificación por la fe” se escribió en 1889. Nadie se aventurará a decir qué cambio ha efectuado el tiempo en la proporción de nuestro pueblo que en aquel tiempo no sostuvo ni entendió esta valiosa verdad; pero sí sabemos que todo creyente en el mensaje del tercer ángel en este tiempo debería tener un claro concepto de la doctrina de la justificación por la fe y una experiencia bien fundada en la gran transacción que el Cielo ha hecho a favor de todos nosotros.

Qué significa perder de vista tal verdad

Perder de vista esta verdad valiosa de la justificación por la fe es perderse el propósito supremo del evangelio; lo que acabará ciertamente siendo desastroso para cualquiera, con independencia de lo bien intencionado y lo fervoroso que pueda ser con respecto a las doctrinas, las ceremonias, las actividades y cualesquiera otras

cosas referentes a la religión. La sierva del Señor da una advertencia clara:

“A no ser que se lleve poder divino a la experiencia del pueblo de Dios, falsas teorías e ideas erróneas llevarán cautivas a las mentes, Cristo y su justicia abandonarán la experiencia de muchos, y su fe carecerá de poder o de vida. Los tales no tendrán una experiencia viviente cotidiana del amor de Dios en el corazón; y si no se arrepienten celosamente, estarán entre aquellos a los que se representa por los laodicenses, que serán vomitados de la boca de Dios”.*–Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889.

Hasta extremos lamentables, el pueblo de Dios dejó de aportar el poder divino a su experiencia, y el resultado predicho ha sido:

- Falsas teorías e ideas erróneas han llevado cautivas a las mentes.
- Cristo y su justicia han abandonado la experiencia de muchos.
- La fe de muchos carece de poder o de vida.
- No hay una experiencia viviente cotidiana del amor de Dios en el corazón.

Se nos dice, además, que la causa de Dios ha sufrido grandes pérdidas por no tener esa experiencia viviente del poder divino: la justificación por la fe:

“El pueblo de Dios ha perdido mucho por no mantener la sencillez de la verdad como es en Jesús. Esta sencillez se ha visto desplazada, y han ocupado su lugar formas y ceremonias y

una serie de ajetreadas actividades en tareas mecánicas. El orgullo y la tibieza han convertido al profeso pueblo de Dios en una ofensa a su vista. La autosuficiencia presuntuosa y la santurronería satisfecha de sí misma han enmascarado y ocultado la indigencia y la desnudez del alma; pero ante Dios todas las cosas están desnudas y son manifiestas”.-*Review and Herald*, 7 de agosto de 1894.

Así se ha producido un engaño generalizado y fatal:

“¿En qué consiste la miseria y la desnudez de los que se sienten ricos y enriquecidos? Es la carencia de la justicia de Cristo. Debido a su justicia propia, se los representa como cubiertos de andrajos, no obstante lo cual se vanaglorian de que están ataviados con la justicia de Cristo. ¿Puede haber un engaño más grande?”.-*ibíd.*

Lutero temía que esta gran verdad quedase desfigurada

El temor de que se perdiera de vista la doctrina de la justificación por la fe -tan querida a su corazón y a través de la cual se efectuó la gran Reforma- parece haber sido dominante en la mente de Lutero cuando captó una visión de acontecimientos futuros que habían de ocurrir en el mundo. Leemos:

“Si se perdiere alguna vez el artículo de la justificación, se perdería toda la doctrina cristiana auténtica [...]. Por ende, quien se desvíe de esta ‘justicia cristiana’ deberá, por necesidad, caer en la ‘justicia de la ley’; es

decir, cuando ha perdido a Cristo, debe caer en la confianza en sus propias obras”. “Porque si descuidamos el artículo de la justificación, lo perdemos todo. Por lo tanto, es sumamente necesario, principalmente, y por encima de todas las cosas, que enseñemos y repitamos este artículo continuamente”. “Si, aunque lo aprendamos y lo comprendamos bien, no hay nadie que se aferre de él perfectamente ni que lo crea con el corazón”. “Por ello, siento temor de que esta doctrina vuelva a quedar desfigurada y oscurecida cuando hayamos muerto. Porque el mundo deberá volver a llenarse de una horrible oscuridad y de errores antes de que llegue el último día”.*-Luther on Galatians*, pp. 136, 148, 402.

Así como Dios llamó a Lutero a salir de la oscuridad de la medianoche del siglo XVI y puso en su mano esta antorcha de la verdad: “*El justo vivirá por la fe*”, el Señor siempre hará que sus portaestandartes mantengan esta base fundamental de la salvación en conexión con la “verdad presente”, en las diversas fases de la proclamación del último mensaje del evangelio en el mundo entero. Por lo tanto, es oportuno que hoy demos a esta verdad vital un estudio cabal y profundo. Debería entenderse cómo un pecador puede transformarse en santo exactamente con la misma claridad con la que se nos ha enseñado a comprender cómo Adán, un hombre sin pecado, se volvió pecador. La justificación por la fe debería estar tan clara en nuestra mente como la enseñanza referente a la Ley, al sábado, a la venida del Señor y a todas las demás doctrinas reveladas en las Escrituras. Pero no es así entendida por muchos; y dado que no es ni apreciada ni experimentada como debiera, los tales no logran presentarla en la enseñanza que promueven. Esta deficiencia ya fue reconocida y

denunciada con claridad en 1889, porque leemos:

“Los pastores no han presentado a Cristo en su plenitud a la gente, ni en las iglesias ni en los campos de misión, y la gente no tiene una fe inteligente. No ha sido instruida como debiera en el sentido de que Cristo es para ella tanto salvación como justicia”.-*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889.

El deber de los pastores de presentar el mensaje de la justificación por la fe

Los párrafos siguientes aportan consejos excelentes y sumamente apropiados a los pastores y otros obreros evangélicos, y denuncian con claridad el triste hecho de que el centro de nuestra atención, Jesús, se ha convertido en algo secundario para muchos, mientras que se ha dado primacía a teorías y a argumentaciones. ¡Qué fatal error!

“Los que trabajan en la causa de la verdad debieran presentar la justicia de Cristo no como una luz nueva, sino como una luz preciosa, que por un tiempo ha sido perdida de vista por la gente. Hemos de aceptar a Cristo como nuestro Salvador personal, y él nos imputa la justicia de Dios en Cristo”.-*Review and Herald*, 20 de marzo de 1894; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 182.

“No permitáis que vuestra mente se aparte del tema primordial de la justicia de Cristo por el estudio de teorías. No imaginéis que la realización de ceremonias, la observancia de formas externas, os convertirá en herederos del cielo. Queremos mantener la mente

incondicionalmente en el tema central por el que trabajamos; porque ahora es el día de preparación del Señor, y debiéramos rendir nuestro corazón a Dios para que pueda ser ablandado y dominado por el Espíritu Santo”.-*Review and Herald*, 20 de marzo de 1894.

“El gran centro de atracción, Jesucristo, no debe ser dejado fuera del mensaje del tercer ángel. Muchos que se han ocupado en la obra para este tiempo han dejado a Cristo en segundo plano, y han dado el primer lugar a teorías y argumentos”.-*Review and Herald*, 20 de marzo de 1894; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 489.

“El misterio de la encarnación de Cristo, el relato de sus sufrimientos, crucifixión, resurrección y ascensión, revelan a toda la humanidad el maravilloso amor de Dios. Esto le imparte poder a la verdad”.-*Review and Herald*, 18 de junio de 1895.

“Se me ha presentado a las iglesias pequeñas tan faltas de alimento espiritual que están para morir, y Dios os dice: ‘Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir, porque no he hallado tus obras bien acabadas delante de Dios’ ”.-*Review and Herald*, 4 de marzo de 1890.

“Sé que nuestras iglesias mueren por falta de enseñanza acerca de la justicia por la fe y otras verdades”.-*Obreros evangélicos*, p. 316.

“El tema que atrae el corazón del pecador es Cristo y Cristo crucificado. Sobre la cruz del Calvario Jesús se revela al mundo en un amor

sin paralelo. Presentadlo a las multitudes hambrientas, y la luz de su amor ganará a los hombres y los llevará de las tinieblas a la luz, de la transgresión a la obediencia y a la verdadera santidad. La contemplación de Cristo en la cruz del Calvario despierta la conciencia para que perciba el carácter odioso del pecado como no puede hacerlo ninguna otra cosa”.-*Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892.

“Cristo crucificado: hablad, orad, cantad acerca de él, y él quebrantará y ganará corazones. Este es el poder y la sabiduría de Dios para conquistar almas para Cristo. Las frases hechas, formales, la presentación de asuntos meramente argumentativos, harán poco bien. Cuando el enternecedor amor de Dios se encuentra en los corazones de los obreros, aquellos por quienes ellos trabajan lo perciben. Las almas están sedientas del agua de la vida. No seáis cisternas vacías. Si les reveláis el amor de Cristo, podréis guiar a las almas hambrientas y sedientas a Jesús, y él les dará el pan de vida y el agua de salvación”.-*Review and Herald*, 2 de junio de 1903.

Este capítulo puede concluir apropiadamente con la siguiente declaración inigualable, que resume el meollo del mensaje del Elena de White y nos da la clave de nuestra investigación:

“Si mediante la gracia de Cristo su pueblo se transforma en recipientes nuevos, él los llenará con vino nuevo. Dios concederá luz

adicional y se recuperarán verdades antiguas, que serán repuestas en el armazón de la verdad, y dondequiera vayan los obreros triunfarán. Como embajadores de Cristo, han de escudriñar las Escrituras para investigar las verdades que se hallan ocultas bajo los escombros del error. Y han de comunicar a otros cada rayo de luz que reciban. Habrá un solo interés prevaleciente, un solo propósito que absorberá todos los demás: Cristo, justicia nuestra”.-*Review and Herald*, separata del 23 de diciembre de 1890.

Provisión de una restauración plena y completa

Cuando el pecador atraviesa la puerta de la fe y entra en la vida nueva en Jesucristo, descubre que no solo se ha perdonado su transgresión de la Ley, sino además se le proporciona una restauración plena y completa. Además, en Cristo se hace provisión para el mantenimiento de lo que ha sido restaurado. Entra en un plano nuevo y más elevado de la vida, en armonía con la instrucción y la certeza siguientes:

“Debemos unirnos con Cristo. Hay una reserva de poder a nuestro alcance, y no debemos permanecer en la cueva oscura, fría y sin sol de la incredulidad, o no captaremos los brillantes rayos del Sol de justicia”.-Review and Herald, 24 de enero de 1893.

“Debemos superar la gélida atmósfera en la que hemos vivido hasta ahora y con la que Satanás querría rodear nuestra alma, e inhalar la atmósfera santificada del cielo”.-Review and Herald, 6 de mayo de 1890.

La bella declaración de la pluma inspirada que veremos ahora presenta con claridad toda la historia de la redención y la restauración:

“Mediante Cristo, se dan al hombre tanto restauración como reconciliación. El abismo abierto por el pecado ha sido salvado por la cruz del Calvario. Un rescate pleno y completo ha sido pagado por Jesús, en virtud del cual es perdonado el pecador y es mantenida la justicia de la Ley. Todos los que creen que Cristo es el sacrificio expiatorio pueden ir y

recibir el perdón de sus pecados, pues mediante los méritos de Cristo se ha abierto la comunicación entre Dios y el hombre. Dios puede aceptarme como a su hijo, y yo puedo tener derecho a él y puedo regocijarme en él como en mi Padre amante. Debemos centralizar nuestras esperanzas del cielo únicamente en Cristo, pues él es nuestro sustituto y garantía.

“Hemos transgredido la Ley de Dios, y por las obras de la Ley ninguna carne será justificada. Los mejores esfuerzos que pueda hacer el hombre con su propio poder son ineficaces para responder ante la Ley santa y justa que ha transgredido, pero mediante la fe en Cristo puede demandar la justicia del Hijo de Dios como plenamente suficiente. Cristo satisfizo las demandas de la Ley en su naturaleza humana. Llevó la maldición de la Ley por el pecador, hizo expiación para él, a fin de que cualquiera que cree en él no se pierda, sino tenga vida eterna. La fe genuina se apropiá de la justicia de Cristo y el pecador es hecho vencedor con Cristo, pues se lo hace participante de la naturaleza divina, y así se combinan la divinidad y la humanidad.

“El que está intentando alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la Ley, está intentando un imposible. El hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias. Cristo debe efectuar en él tanto el querer como el hacer la buena voluntad de Dios”.-*Review and Herald*, 1 de julio

de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 426, 427.

Repasemos cuidadosamente este mensaje, que despliega ante la mente humana los hechos más sublimes del evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo:

- Se proporciona restauración plena y completa para los pecadores. El sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz no solo posibilitó nuestra reconciliación con Dios, sino también hizo posible, para todo pecador que acepte el ofrecimiento, la restauración a la condición gloriosa que tenía Adán antes de la entrada del pecado.
- El gran abismo abierto por el pecado, que nos separa de Dios y del cielo, ha sido salvado por la cruz del Calvario. ¡Qué buen motivo para la alabanza y la adoración!
- Se ha resuelto el gran problema de perdonar al pecador y, a la vez, de mantener la justicia de la santa Ley de Dios. Cristo se convirtió en nuestro sustituto. Tomó nuestro lugar y nos rescató de la perdición y la muerte.
- Mediante su sacrificio expiatorio, Cristo abrió la comunicación entre Dios y el hombre perdido, miserable y pecaminoso, para que ahora podamos acudir a él y recibir perdón, purificación y salvación de todo pecado.
- Debido a que solo Cristo llegó a ser nuestro sustituto y nuestra garantía, todas nuestras esperanzas se centran en él. No hay ningún otro nombre, ningún otro camino.
- Debido a la transgresión de la Ley por parte del ser humano, nadie se podrá justificar jamás por las obras de la Ley. Sin embargo, por la fe en Cristo, el ser humano puede reclamar la justicia de Cristo como plenamente suficiente.
- Al apropiarnos de la justicia de Cristo por la fe, nos volvemos vencedores con Cristo, y así llegamos a ser participantes de la naturaleza divina.
- Al intentar alcanzar el cielo basándonos en las obras de la

Ley, nos empeñamos en una total imposibilidad.

- Aunque no podemos ser salvos sin obediencia, esa obediencia no puede ser de nosotros mismos: debe ser la obediencia de Cristo obrando en nosotros y a través de nosotros, haciendo que deseemos hacer y que hagamos la buena voluntad del Señor.

La justicia imputada y luego impartida

La justificación por la fe, en todo su significado, está comprendida en la siguiente declaración:

“La justicia por la cual somos justificados es imputada; la justicia por la cual somos santificados es impartida. La primera es nuestro derecho al cielo; la segunda, nuestra idoneidad para el cielo”.–*Review and Herald*, 4 de junio de 1895; *La fe por la cual vivo*, p. 118.

La justicia imputada, mediante la cual el hombre es justificado de la culpa, es la base sobre la que se otorga la justicia impartida, que santifica la conducta vital y proporciona “nuestra idoneidad para el cielo”. En cuanto a la operación de estos principios vivientes, cabe citar lo siguiente:

“Cristo es nuestro sacrificio y garantía. Se hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él. Mediante la fe en su nombre, él nos imputa la justicia y se hace un principio viviente en nuestra vida”.–*Review and Herald*, 12 de julio de 1892; *A fin de conocerle*, p. 304.

“Ningún arrepentimiento que no obre una reforma es genuino. La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido

confesados ni abandonados; *es un principio de vida que transforma* el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo”.-*El Deseado de todas las gentes*, p. 522.

“Cristo nos imputa su carácter sin pecado, y nos presenta delante del Padre en su propia pureza. Hay muchos que creen que es imposible escapar del poder del pecado, pero la promesa es que podemos ser llenos de la plenitud de Dios. Apuntamos demasiado bajo. La marca está mucho más elevada”.-*Review and Herald*, 12 de julio de 1892.

“Jesús es nuestro gran Sumo Sacerdote en los cielos. ¿Y qué está haciendo? Está efectuando una obra de intercesión y expiación a favor de sus hijos que creen en él. Por medio de la justicia imputada de Cristo, los miembros de su pueblo son aceptados por Dios como personas que confiesan ante el mundo que pertenecen a Dios guardando todos sus Mandamientos”.-*Review and Herald*, 22 de agosto de 1893.

“En la religión de Cristo, hay una *influencia regeneradora que transforma todo el ser*, elevando al hombre por encima de todo vicio degradante y rastrero, y alzando los pensamientos y deseos hacia Dios y el cielo. Vinculado al Ser infinito, el hombre es hecho participante de la naturaleza divina. Ya no tienen efecto contra él los dardos del maligno; porque está revestido de la *panoplia de la*

justicia de Cristo".—Consejos para los maestros, padres y alumnos, p. 50.

“Cuando el alma se entrega a Cristo, un nuevo poder se posiona del nuevo corazón. Se realiza un cambio que ningún hombre puede realizar por su cuenta. Es una obra sobrenatural, que introduce un elemento sobrenatural en la naturaleza humana. El alma que se entrega a Cristo llega a ser una fortaleza suya, que él sostiene en un mundo en rebelión, y no quiere que otra autoridad sea conocida en ella, sino la suya. Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás. Pero a menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno. Debemos estar inevitablemente bajo el dominio del uno o del otro de los dos grandes poderes que están contendiendo por la supremacía del mundo. No es necesario que elijamos deliberadamente el servicio del reino de las tinieblas para pasar bajo su dominio. Basta que descuidemos de aliarnos con el Reino de la luz. Si no cooperamos con los agentes celestiales, Satanás se posesionará de nuestro corazón, y hará de él su morada. La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y

momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene”.–*El Deseado de todas las gentes*, p. 294.

La evidencia externa de la justicia que mora en el interior

“La justicia exterior da testimonio de la justicia interior. El que es justo por dentro, no muestra un corazón duro ni falta de compasión, sino que día tras día crece a la imagen de Cristo y progresar de fuerza en fuerza. Aquel a quien la verdad santifica tendrá dominio de sí mismo y seguirá en las pisadas de Cristo hasta que la gracia de lugar a la gloria”.–*Review and Herald*, 4 de junio de 1895.

“Cuando aceptemos a Cristo, aparecerán las buenas obras como fructífera evidencia de que estamos en el camino de la vida, de que Cristo es nuestro camino y de que estamos recorriendo el verdadero sendero que conduce al cielo”.–*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 431.

“Cuando estemos revestidos por la justicia de Cristo, no tendremos *ningún gusto por el pecado*, pues Cristo obrará dentro de nosotros. Quizá cometamos errores, pero aborreceremos el pecado que causó los sufrimientos del Hijo de Dios”.–*Review and Herald*, 18 de marzo de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 422.

“Cuando Cristo está en el corazón, este se ablandará tanto y se someterá de tal manera al amor por Dios y los hombres, que las murmuraciones, las críticas y las contiendas dejarán de existir. Con la religión de Cristo en el corazón, su poseedor ganará una victoria completa sobre las pasiones que quieren alcanzar el dominio”.-*Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 604.

“Cuando una persona se convierte a Dios, se crea *un nuevo gusto moral*, y ama las cosas que Dios ama; porque su vida está unida a lo alto, mediante una áurea cadena de promesas inmutables, a la vida de Jesús. Su corazón es atraído en pos de Dios. Su oración es: ‘Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley’. En la norma inmutable ve el carácter del Redentor, y sabe que, aunque ha pecado, no es salvado *en sus pecados*, sino *de sus pecados*; porque Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.-*Review and Herald*, 12 de junio de 1892.

Por ello, está claro que “el hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias. *Cristo debe efectuar en él* tanto el querer como el hacer la buena voluntad de Dios”. Cristo se convierte no solo en el “autor”, sino también en el “consumidor” de nuestra fe.

“Al acercarnos al fin del tiempo, la corriente del mal se encaminará de forma cada vez más decidida hacia la perdición. Solo podemos estar a salvo si sujetamos firmemente la mano de Jesús, recurriendo constantemente al Autor

y Consumador de nuestra fe. Es nuestro poderoso ayudador”.–*Review and Herald*, 7 de octubre de 1890.

Llevar puesto el manto inmaculado de la justicia

Aunque la justicia de Cristo es ofrecida gratuitamente y proporciona restauración plena y completa para el pecador, se nos dice que algunos “no se apropián de la justicia de Cristo; es un manto que no ha sido usado por ellos, una plenitud desconocida, una fuente no aprovechada”. Teniendo en cuenta la cita siguiente, ¿cómo puede haber tal falta de aceptación y de apropiación de este don, que es el mayor de todos?

“Solo aquellos que estén vestidos con el manto de su justicia podrán soportar la gloria de su presencia cuando él aparezca con ‘grande poder y gloria’ ”.–*Review and Herald*, 9 de julio de 1908.

“En el día de su coronación, Cristo no reconocerá como suyo a nadie que tenga mancha o arruga, o cosa semejante. Pero a sus fieles les proporcionará coronas de gloria inmortal. Los que no quisieran que reinara sobre ellos se verán rodeados por el ejército de los redimidos, cada uno de los cuales lleva esta insignia: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA”.–*Review and Herald*, 24 de noviembre de 1904.

Adentrarse en la experiencia

Al considerar la fase del adentramiento en la experiencia de ser justificados por la fe, resulta útil fijarse en la respuesta inequívoca que consta con respecto a la experiencia.

“*¿Qué es la justificación por la fe?* Es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que este no tiene la capacidad de hacer por sí mismo. Cuando los seres humanos ven su propia insignificancia, están preparados para ser vestidos con la justicia de Cristo”.–*Testimonios para los ministros*, p. 456.

Esta experiencia de ser justificado, considerado justo, es un asunto individual entre el alma y Dios. No puede ser recibida por delegación. Solo hay una puerta de entrada a esta experiencia: la puerta de la fe.

La puerta de la fe

“La fe es la condición por la cual Dios ha visto conveniente prometer perdón a los pecadores. No es que haya virtud alguna en la fe, que haga merecer la salvación, sino porque la fe puede aferrarse a los méritos de Cristo, quien es el remedio para el pecado”.–*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 430.

“Cuando estemos revestidos por la justicia de Cristo, no tendremos ningún gusto por el pecado, pues Cristo obrará dentro de nosotros. [...] Se ha abierto una puerta y nadie puede cerrarla, ni los mayores poderes ni los

menores; solo tú puedes cerrar la puerta de tu corazón para que el Señor no pueda llegar a ti”.-*Review and Herald*, 18 de marzo de 1890.

Al lado de esa puerta de la fe, muy cerca, el enemigo de toda justicia ha puesto otra puerta, con una entrada más amplia y más llamativa: la puerta de las obras.

La puerta de las obras

Muchos peregrinos que se encaminan a la Canaán celestial atraviesan inconscientemente esta puerta, adentrándose en la senda que lleva a la destrucción, y tarde o temprano descubren que el hermoso vestido de la justicia propia se ha convertido en “trapo de inmundicia”, totalmente indigno para aparecer ante la presencia del Rey. De esta clase se dice:

“Muchos se extravían porque piensan que pueden encaramarse hasta el cielo, que deben hacer algo para merecer el favor de Dios.

Procuran mejorar mediante sus propios esfuerzos, sin ayuda. Esto nunca lo pueden realizar. Cristo ha abierto el camino al morir como nuestro sacrificio, al vivir como nuestro ejemplo, al llegar a ser nuestro gran Sumo Sacerdote. Él declara: ‘Yo soy el camino, y la verdad, y la vida’ (Juan 14:6). Si mediante algún esfuerzo propio pudiéramos avanzar un paso hacia la escalera, las palabras de Cristo no serían verdaderas”.-*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890.

“Hay muchos que parecen sentir que tienen una gran obra que hacer ellos mismos antes de poder venir a Cristo para lograr su salvación.

Parecen creer que Jesús vendrá a ellos precisamente al final de su lucha, para darles su ayuda, colocando el toque final a la obra de su vida. Les parece difícil entender que Cristo es un Salvador completo, y que es capaz de salvar completamente a todos los que van a Dios por medio de él. Pierden de vista el hecho de que Cristo mismo es ‘el camino, la verdad, y la vida’ ” .-*Review and Herald*, 5 de marzo de 1889; *Mensajes selectos*, t. 3, pp. 205, 206.

¡Quiera el Señor ayudarnos a todos a entrar por la puerta acertada y ser llenos de la justicia de Cristo! Para cada alma debe llevarse a cabo “la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que este no tiene la capacidad de hacer por sí mismo”.

Conscientes de nuestra desesperada condición

Sin embargo, antes que nada, al entrar en esta experiencia, el ser humano debe tener conciencia de su desesperada condición; y esto se logra mediante “la comunicación de la gracia de Cristo”.

“Sin la gracia de Cristo, el pecador está en una condición desvalida. No puede hacer nada por sí, pero mediante la gracia divina se imparte al hombre poder sobrenatural que obra en la mente, el corazón y el carácter. Mediante la comunicación de la gracia de Cristo, el pecado es discernido en su aborrecible naturaleza y finalmente expulsado del templo del alma. Mediante la gracia, somos puestos en comunicación con Cristo, para ser asociados con él en la obra de la

salvación”.–*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 429, 430.

“Sin la gracia de Cristo, el pecador está en una condición desvalida. No puede hacer nada por sí”. Es decir, el pecador no puede absolverse a sí mismo. Tampoco puede ayudarlo ningún otro pecador. La Ley que ha transgredido no puede indultarlo ni pasar por alto su pecado; ni puede hallarse nada en este mundo que le dé liberación. Sin embargo, “mediante la gracia divina se imparte al hombre poder sobrenatural que obra en la mente, el corazón y el carácter”. ¡Qué clarificador es este mensaje para el pecador, y cuánta certeza da! A través de la gracia divina, por la misericordia y la compasión incommensurables de Dios, se ha hecho provisión para impartir “poder sobrenatural” al pecador sin esperanza.

Sin embargo, ¿qué significa “poder sobrenatural”? Es un poder que está muy por encima y más allá de cualquier cosa que resida en el ser humano. Está más allá de aquello a lo cual podamos aferrarnos en este mundo. Es aquello que Cristo declaró que se le dio: “Toda potestad [...] en el cielo y en la tierra”; ese poder sobrenatural mediante el cual se obraron todos sus milagros durante su ministerio terrenal.

Sobre ese “poder sobrenatural”, la siguiente declaración del Dr. Philip Schaff es digna de consideración:

“Todos sus milagros [de Cristo] no son más que manifestaciones *naturales* de su persona y, por ende, se llevaron a cabo con la misma facilidad con la que realizamos nuestras tareas cotidianas ordinarias [...]. El elemento sobrenatural y milagroso en Cristo, téngase en cuenta, no fue un don prestado ni una manifestación ocasional [...]. Una virtud interior moraba en su Persona y emanaba de

él, hasta el punto de que el borde de su manto era sanador al tacto, a través de la fe, que es el lazo de unión entre él y el alma”. -*The Person of Christ*, pp. 76, 77.

Precisamente este mismo poder sobrenatural que Cristo imparte al ser humano, obra en la mente, el corazón y el carácter.

Fijémonos ahora en los maravillosos resultados, según se afirma en el resto de la cita del Espíritu de Profecía: “Mediante la comunicación de la gracia de Cristo, el pecado es discernido en su aborrecible naturaleza y finalmente expulsado del templo del alma. Mediante la gracia, somos puestos en comunicación con Cristo, para ser asociados con él en la obra de la salvación”. Vemos así que el “poder sobrenatural” impartido al hombre a través de la gracia de Cristo obra en la mente y en el corazón, revelando al ser humano la naturaleza aborrecible del pecado y llevándolo a permitir que ese ente corruptor sea expulsado del templo del alma.

El consentimiento y la elección del pecador

Sin embargo, esta obra maravillosa realizada en el corazón por el poder sobrenatural de Cristo no se efectúa sin el consentimiento y la elección del pecador. Observe esta declaración:

“La fe es la condición por la cual Dios ha visto conveniente prometer perdón a los pecadores. No es que haya virtud alguna en la fe, que haga merecer la salvación, sino porque la fe puede aferrarse a los méritos de Cristo, quien es el remedio para el pecado. La fe puede presentar la perfecta obediencia de Cristo en lugar de la transgresión y la apostasía del pecador. Cuando el pecador cree que Cristo es su Salvador personal, entonces, de acuerdo con la

promesa infalible de Jesús, Dios le perdonó su pecado y lo justificó gratuitamente. El alma arrepentida comprende que su justificación viene de Cristo que, como su sustituto y garantía, ha muerto por ella, y es su expiación y justificación”. -*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 430.

El ejercicio de la fe es nuestra parte en la gran transacción por medio de la cual los pecadores se transforman en santos. Pero debemos recordar que no hay virtud alguna en la fe que ejercemos “que haga merecer la salvación”; es decir, no hay virtud alguna en la propia fe ni en el acto de ejercerla: la virtud está toda en Cristo. Él es el remedio provisto para el pecado. La fe es el acto por medio del cual el pecador indigente, desamparado y condenado al fracaso se aferra del remedio. “La fe puede presentar la perfecta obediencia de Cristo en lugar de la transgresión y la apostasía del pecador”. ¡Este es un pensamiento auténticamente sublime! Es esa maravillosa ciencia de la redención con la que los santos se regocijarán durante toda la eternidad, y no obstante, es tan simple en su operación que los más débiles y los más indignos pueden entrar en ella en todo su significado y toda su plenitud.

La fe viviente va acompañada por la acción

Atravesar la puerta de la fe para acceder a la plenitud de la justicia imputada e impartida conlleva algo más que un mero asentimiento mental a las estipulaciones establecidas. Es el arco de “una fe activa y viviente que obr[a] por el amor y purifi[ca] el alma”. Para atravesar este portal, deben cumplirse ciertos requisitos:

1. Debe dejar de practicarse todo pecado conocido y no seguir

descuidando el deber conocido.

“Pero al paso que Dios puede ser justo y, sin embargo, justificar al pecador por los méritos de Cristo, nadie puede cubrir su alma con el manto de la justicia de Cristo mientras practique pecados conocidos, o descuide deberes conocidos. Dios requiere la entrega completa del corazón antes de que pueda efectuarse la justificación. Y a fin de que el hombre retenga la justificación, debe haber una obediencia continua, mediante una fe activa y viviente que obre por el amor y purifique el alma”.*—Mensajes selectos*, t. 1, p. 429.

2. Disposición a pagar el precio: renunciar a todo.

“La justicia de Cristo, como una pura perla blanca, no tiene defecto, ni mancha ni falta. Esta justicia puede ser nuestra. La salvación, con sus inestimables tesoros comprados con sangre, es la perla de gran precio. Puede ser buscada y encontrada. Pero todos los que realmente la encuentren venderán todo lo que tienen para comprarla. Dan evidencia de que son uno con Cristo, así como él es uno con el Padre. En la parábola, se representa al comerciante vendiendo todo lo que tenía para poseer la perla de gran precio. Esta es una bella ilustración de los que aprecian tanto la verdad que *renuncian a todo* lo que tienen para entrar en posesión de ella”.*—Review and Herald*, 8 de agosto de 1899; *Mensajes selectos*, t. 1, p.

3. Renuncia completa a los malos hábitos.

“Hay algunos que están buscando, siempre buscando, la perla de gran precio. Pero no renuncian completamente a sus malos hábitos. No mueren al yo, para que Cristo viva en ellos. Por lo tanto, no encuentran la perla preciosa”.-ibíd.

4. El poder de la voluntad puesto en cooperación con Dios.

“El propósito del Señor no es que se paralice el poder humano, sino que, al cooperar con Dios, el poder del hombre sea eficiente para bien. El propósito de Dios no es que sea destruida nuestra voluntad, porque precisamente mediante este atributo hemos de cumplir la obra que él quiere que realicemos en nuestro hogar y en público”.-Review and Herald, 1 de noviembre de 1892; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 441.

¡Con sinceridad y seriedad deberíamos seguir esta clara distinción, y adentrarnos plenamente en la experiencia de ser considerados y hechos justos, de ser justificados y santificados por la fe en Cristo! ¡Cuán profunda e intensamente deberíamos tomar conciencia de nuestra desesperada condición en cuanto a lo que podemos hacer por nosotros mismos! Solo podemos librarnos por la obra de la gracia de Dios. ¡Cuánto deberíamos amar la gran verdad de que, por medio de la gracia divina, puede impartírsenos poder sobrenatural!

Deberíamos aceptar plenamente la certeza de que el pecado, con

todo lo que tiene de aborrecible, puede ser expulsado del templo del alma. Deberíamos captar que nuestra parte en esta gran transacción es escoger aceptarla por la fe, cuando hayamos cumplido plenamente las condiciones. Y cada día que comience y que termine deberíamos declarar humildemente ante el Trono de la gracia los méritos y la perfecta obediencia de Cristo, en lugar de nuestras transgresiones y nuestros pecados. Y al hacerlo, deberíamos creer y captar que nuestra justificación se produce a través de Cristo, como sustituto nuestro y nuestra garantía, quien murió por nosotros y que es nuestra expiación y nuestra justificación.

Si esta instrucción es seguida por nuestra parte con sinceridad y de todo corazón, Dios hará reales los resultados en nuestra vida; y “justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios” (Rom. 5:1). Experimentaremos el gozo de la salvación y, día a día, *conoceremos la realidad* de la victoria que vence al mundo: NUESTRA FE.

No descansemos hasta que hayamos atravesado la puerta de la fe que nos da entrada en esa bendita experiencia del perdón, la justificación, la justicia y la paz en Cristo.

Apéndice

JOYAS DEL PENSAMIENTO

(Declaraciones no incluidas en los capítulos anteriores)

Cristo, la fuente de todo buen impulso

Cristo, revelado por Dios Padre

“Dios revela a Cristo al pecador, y cuando este ve la pureza del Hijo de Dios, no es ignorante del carácter del pecado. Por la fe en la obra y en el poder de Cristo, se crea en su corazón enemistad contra el pecado y contra Satanás. Aquellos a los que Dios perdoná se vuelven penitentes en primer lugar”.-*Review and Herald*, 1º de abril de 1890.

Cristo atrae hacia sí al pecador

“Cristo atrae al pecador exhibiendo su amor en la cruz, y esto entremece el corazón, impresiona la mente e inspira contrición y arrepentimiento en el alma”.-*ibid.*

“Cristo atrae constantemente hacia sí a los hombres, mientras que Satanás, con la misma diligencia, mediante todo artificio imaginable, busca alejar a los hombres de su Redentor”.-*ibid.*

“Cuando Cristo los induce a mirar su cruz y a contemplar a Aquel que fue traspasado por sus pecados, el mandamiento se graba en su conciencia. Les es revelada la maldad de su vida, el pecado profundamente arraigado en su

alma. Comienzan a entender algo de la justicia de Cristo, y exclaman: ‘¿Qué es el pecado, para que haya exigido tal sacrificio por la redención de su víctima? ¿Fueron necesarios todo este amor, todo este sufrimiento, toda esta humillación, para que no pereciéramos, sino que tuviéramos vida eterna?’ ”.-*El camino a Cristo*, pp. 41, 42.

Cristo da arrepentimiento

“El arrepentimiento es un don de Cristo como lo es el perdón, y no se lo puede encontrar en el corazón donde Cristo no ha estado en acción. No podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo que despierta la conciencia, así como no podemos ser perdonados sin Cristo”.-*Review and Herald*, 1º de abril de 1890.

Cristo, la fuente de poder

Cristo “es la fuente de todo buen impulso. Es el único que puede implantar en el corazón enemistad contra el pecado. Es la fuente de nuestro poder, si queremos ser salvos. Ninguna alma puede arrepentirse sin la gracia de Cristo”.-*ibid.*

Cristo, la personificación de la justicia

“La justicia de Dios está personificada en Cristo. Al recibirla, recibimos la justicia”.-*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 20.

Cristo, el mercader celestial

“Jesús está yendo de puerta en puerta deteniéndose frente al templo de cada alma y proclamando: ‘Yo estoy a la puerta y llamo’. Como un mercader celestial, expone sus tesoros y clama: ‘Te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez’. El oro que ofrece es sin impurezas, más precioso que el de Ofir, pues es la fe y el amor. Se invita al alma que se ponga las vestiduras blancas, que son el manto de justicia de Cristo, y el aceite para ungir es el aceite de la gracia de Cristo, que dará visión espiritual al alma que está cegada y en tinieblas para que pueda distinguir entre la obra del Espíritu de Dios y del espíritu del enemigo. ‘Abre tus puertas’, dice el gran Mercader, el poseedor de riquezas espirituales, ‘y haz tus negocios conmigo. Soy yo, tu Redentor, quien te aconseja que compres de mí’ ”.-*Review and Herald*, 7 de agosto de 1894.

La raíz de la justicia

“La justicia tiene su raíz en la piedad. Nadie puede seguir llevando en medio de sus compañeros una vida pura, llena de fuerza, si no está escondida con Cristo en Dios. Cuanto mayor sea la actividad entre los hombres, tanto más íntima debe ser la comunión del corazón con el Cielo”.-*El ministerio de curación*, p. 81.

“La rectitud tiene su raíz en la piedad. Ningún ser humano puede ser justo si no tiene

fe en Dios ni mantiene una conexión vital con él. Tal como las flores del campo tienen sus raíces en el suelo y tal como deben recibir el aire, el rocío, las lluvias y la luz del sol, así también nosotros debemos recibir de Dios los elementos que sostienen la vida del alma. Solo recibimos poder para obedecer sus Mandamientos cuando nos transformamos en participantes de su naturaleza. Ninguna persona, elevada o humilde, instruida o ignorante, podrá mantener constantemente una vida pura e impresionante delante de sus semejantes, a menos que esta se halle escondida con Cristo en Dios. Mientras mayor sea la actividad que se realice entre los hombres, más estrecha será la comunión del corazón con Dios”.–*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 185.

Obrar en el exterior lo que la gracia divina obra en el interior

“El hecho de que necesite de la ayuda divina no significa que la actividad humana no sea esencial. Se requiere fe de parte del hombre, pues la fe obra por el amor y purifica el alma. [...] Él ha dado a cada hombre su obra; y cada verdadero obrero irradia luz al mundo porque está unido con Dios y con Cristo y con los ángeles celestiales en la excelsa obra de salvar a los perdidos. Mediante la asociación divina, se hace más y más capaz para realizar las obras de Dios. Manifestando en lo externo lo que la gracia divina obra en el interior, el creyente llega a ser grande espiritualmente”.–*Review*

and Herald, 1º de noviembre de 1892; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 441.

El antídoto del formalismo

“La justicia que Cristo enseñaba es la conformidad del corazón y de la vida a la voluntad revelada de Dios. Los hombres pecaminosos pueden llegar a ser justos únicamente al tener fe en Dios y mantener una relación vital con él. Entonces la verdadera piedad elevará los pensamientos y ennoblecerá la vida. Entonces las formas externas de la religión armonizarán con la pureza interna del cristiano. Entonces las ceremonias requeridas en el servicio de Dios no serán ritos sin significado, como los de los hipócritas fariseos”. –*El Deseado de todas las gentes*, p. 279.

Un poder externo al hombre

“A fin de obtener la victoria sobre todos los ardides del enemigo, debemos aferrarnos a un poder que está fuera y más allá de nosotros mismos. Debemos mantener una relación constante y viviente con Cristo, que tiene poder para otorgar la victoria a toda alma que se mantenga en actitud de fe y humildad”. –*Review and Herald*, 9 de julio de 1908.

Ese poder es Cristo

“La fe se aferra del poder de Cristo”. –*Review and Herald*, 1º de noviembre de 1892; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 441.

Aliento para los pusilánimes

“Todos los que sienten la absoluta pobreza del alma, que saben que en sí mismos no hay nada bueno, pueden hallar justicia y fuerza recurriendo a Jesús. [...] Nos invita a cambiar nuestra pobreza por las riquezas de su gracia. [...] No importa cuál haya sido la experiencia del pasado ni cuán desalentadoras sean las circunstancias del presente, si acudimos a Cristo en nuestra condición actual –débiles, sin fuerza, desesperados–, nuestro compasivo Salvador saldrá a recibirnos mucho antes de que lleguemos, y nos rodeará con sus brazos amantes y con la capa de su propia justicia”.-*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 13.

Subordinación de los intereses mundanales

“Para aceptar la invitación a la fiesta del evangelio, debían subordinar sus intereses mundanos al único propósito de recibir a Cristo y su justicia. Dios lo dio todo por el hombre, y le pide que coloque el servicio del Señor por encima de toda consideración terrenal y egoísta. No puede aceptar un corazón dividido. El corazón que se halla absorto en los afectos terrenales no puede rendirse a Dios”.-*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 176.

Temas de estudio oportunos

La obra mediadora de Cristo

“La obra mediadora de Cristo y los misterios grandiosos y santos de la redención no son estudiados ni captados por el pueblo que

pretende tener luz superior a la de cualquier otro pueblo sobre la faz de la Tierra. Si Jesús estuviese personalmente en la Tierra, se dirigiría a gran número de los que pretenden creer en la verdad presente con las palabras que dirigió a los fariseos: ‘Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios’ ”.-*Review and Herald*, 4 de febrero de 1890.

El plan de salvación

“Al acercarnos al fin del tiempo [...] deberíamos dedicarnos al estudio del plan de salvación para que podamos tener un aprecio de cuánto ha valorado Jehová la salvación del hombre”.-*Review and Herald*, 7 de octubre de 1890.

La fe

“Hay verdades antiguas, y aun así nuevas, que aún han de añadirse a los tesoros de nuestro conocimiento. No entendemos ni ejercemos la fe como debiéramos. Cristo ha hecho promesas preciosas sobre la concesión del Espíritu Santo a su iglesia y, no obstante, ¡qué poco aprecio se tiene por estas promesas! No se nos llama a adorar ni servir a Dios mediante el uso de los medios empleados en años anteriores. Dios requiere ahora un servicio más elevado que nunca antes. Requiere la mejora de los dones celestiales. Nos ha puesto en una posición en la que necesitamos cosas más altas y mejores que las que se han necesitado nunca antes”.-*Review*

and Herald, 25 de febrero de 1890.

La ley de Dios en relación con la justificación por la fe

La Ley como espejo

“Cuando [el pecador] contempla la justicia de Cristo en los preceptos divinos, exclama: ‘La Ley de Jehová es perfecta: convierte el alma’. Cuando el pecador es perdonado por su transgresión por los méritos de Cristo, cuando es revestido de la justicia de Cristo a través de la fe en él, aquel declara con el salmista: ‘¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Más que la miel a mi boca!’. ‘Deseables son más que el oro, más que mucho oro refinado; y dulces más que la miel, la que destila del panal’. Esto es la conversión”.–*Review and Herald*, 21 de junio de 1892.

La Ley exige justicia

“La Ley demanda justicia, y ante la Ley, el pecador debe ser justo. Pero es incapaz de serlo”.–*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 430.

“Pese a cualquier manifestación de los labios y de viva voz, si el carácter no está en armonía con la Ley de Dios, los que hacen profesión de piedad llevan un fruto malvado”.–*Review and Herald*, 7 de mayo de 1901.

La única provisión para satisfacer las exigencias de la ley

“El hombre no puede satisfacer en modo alguno las exigencias de la Ley de Dios solo con la fuerza humana. Sus ofrendas, sus obras,

estarán todas manchadas de pecado. Se ha provisto un remedio en el Salvador, quien puede dar al hombre la virtud de su mérito y hacerlo colaborador en la gran obra de la salvación. Cristo es justicia, santificación y redención para los que creen en él y siguen sus pisadas”.-*Review and Herald*, 4 de febrero de 1890.

“Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los Mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la Ley de Jehová”.-*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 253, 254.

“La única forma en que [el pecador] puede obtener la justicia es mediante la fe. Por fe, puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre, y Dios recibe, perdona y justifica al alma creyente y arrepentida, la trata como si fuera justa, y la ama como ama a su Hijo. De esta manera, la fe es imputada a justicia y el alma

perdonada avanza de gracia en gracia, de la luz a una luz mayor. Puede decir con regocijo: ‘No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna’ (Tito 3:5- 7)”.-*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890.

“Cristo dio su vida como sacrificio no para destruir la Ley de Dios, no para crear una norma inferior, sino para mantener la justicia y dar al hombre una segunda oportunidad. Nadie puede guardar los Mandamientos de Dios salvo con el poder de Cristo. Este llevó en su cuerpo los pecados de toda la humanidad, e imputa su justicia a todo hijo creyente”.-*Review and Herald*, 7 de mayo de 1901.

“La Ley no tiene poder para perdonar al transgresor, pero le señala a Cristo Jesús, quien le dice: Tomaré tu pecado y lo llevaré yo mismo, si me aceptas como tu sustituto y tu fiador. Sé de nuevo leal, y yo te impartiré mi justicia”.-ibíd.

“Pero la muerte de Cristo fue un argumento irrefutable en favor del hombre. La penalidad de la Ley caía sobre él, que era igual a Dios, y el hombre quedaba libre de aceptar la justicia de Dios y de triunfar del poder de Satanás

mediante una vida de arrepentimiento y humillación, como el Hijo de Dios había triunfado. Así Dios es justo, al mismo tiempo que justifica a todos los que creen en Jesús”.–*El conflicto de los siglos*, p. 492.

El plan divino en la presentación de las reivindicaciones de la Ley

“Si tenemos el espíritu y el poder del mensaje del tercer ángel, debemos presentar juntos la Ley y el evangelio, porque van juntos”.–*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889.

“Han estado desprovistos de Cristo muchos sermones predicados acerca de las demandas de la Ley. Y esa falta ha hecho que la verdad fuera ineficaz para convertir a las almas”.–*Review and Herald*, 3 de febrero de 1891.

“Al presentar las demandas vigentes de la Ley, muchos han dejado de describir el infinito amor de Cristo. Los que tienen verdades tan grandes, reformas tan decisivas que presentar a la gente, no han comprendido el valor del sacrificio expiatorio como una expresión del gran amor de Dios al hombre. El amor a Jesús y el amor de Jesús por los pecadores fueron eliminados de la experiencia religiosa de los que han sido comisionados para predicar el evangelio, y el yo ha sido exaltado en lugar de al Redentor de la humanidad”.–ibíd.

Denuncia de las graves condiciones de peligro que acechan a la iglesia remanente

Parálisis espiritual

“En todas nuestras iglesias hay personas que están paralizadas espiritualmente. No manifiestan vida espiritual”. –*Review and Herald*, 24 de mayo de 1892.

Letargo espiritual

“La iglesia que dormita debe ser despertada, sacada de su letargo espiritual, para que capte los importantes deberes que han quedado por hacer. El pueblo no ha entrado al Lugar Santo, al que ha pasado Jesús para hacer expiación por sus hijos”. –*Review and Herald*, 25 de febrero de 1890.

Ceguera espiritual

“Hay muchísimos cristianos profesos que aguardan sin preocupación la venida del Señor. No llevan puesto el vestido de su justicia. Puede que profesen ser hijos de Dios, pero no están limpios de pecado. Son egoístas y autosuficientes. Su experiencia es ajena a Cristo. Ni aman a Dios de forma suprema ni a su prójimo como a sí mismos. No tienen ni la más remota idea de lo que constituye la santidad. No ven los defectos en sí mismos. Tan cegados están que no son capaces de detectar la sutil operación del orgullo y la iniquidad. Están vestidos con harapos de justicia propia y afectados de ceguera espiritual. Satanás ha proyectado su sombra entre ellos y Cristo, y estos no tienen ningún deseo de estudiar el carácter puro y santo del Salvador”. –*Review and Herald*, 26 de febrero de

1901.

Sequía espiritual

“Necesitamos al Espíritu Santo para comprender las verdades para este tiempo; pero hay sequía espiritual en las iglesias, y nos hemos acostumbrado a estar fácilmente satisfechos con nuestra situación ante Dios”.–*Review and Herald*, 25 de febrero de 1890.

Iglesias moribundas

“Nuestras iglesias mueren por falta de enseñanza acerca de la justicia por la fe y otras verdades”.–*Obreros evangélicos*, p. 316.

El peligro de cometer un terrible error

“Si somos autosuficientes, y pensamos que podemos seguir como nos plazca y al fin estar del lado correcto, encontraremos que hemos cometido un terrible error”.–*Review and Herald*, 9 de julio de 1908.

No basta un trabajo parcial

“Debemos vaciarnos del yo. Pero esto no es todo lo que se requiere. Cuando renunciamos a nuestros ídolos, el vacío debe ser llenado. Si el corazón se deja desierto y el vacío no se llena, estará en la condición de aquel cuya casa fue ‘vaciada, barrida, y adornada’, pero sin un huésped que la ocupara. El espíritu malo trajo consigo otros siete espíritus peores que él, y entraron y vivieron allí; y la situación final de ese hombre fue peor que la primera.

“Cuando vaciáis el corazón del yo, debéis aceptar la justicia de Cristo. Aferraos a ella por fe; porque debéis tener la mente y el espíritu de Cristo para que podáis realizar las obras de Cristo. Si abrís la puerta del corazón, Jesús llenará el vacío mediante el don de su Espíritu, y entonces podréis ser predicadores vivientes en vuestro hogar, en la iglesia y en el mundo”.-*Review and Herald*, 23 de febrero de 1892.

Llamamiento a un avivamiento y una reforma espirituales

“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar”.

“Se me instruye para que diga que estas palabras son aplicables a las iglesias adventistas del séptimo día en su situación actual. Se ha perdido el amor de Dios, y esto significa la ausencia del amor mutuo. Se acaricia sobremanera el yo, que lucha por la supremacía. ¿Cuánto ha de continuar esto? A no ser que haya una reconversión, pronto habrá tal falta de bondad que la iglesia quedará representada por la higuera estéril. Se le ha dado gran luz. Ha tenido amplia oportunidad de llevar mucho fruto. Pero ha entrado el egoísmo y Dios dice: ‘Quitaré tu candelabro de su lugar’.

“Jesús contempló a la pretenciosa higuera estéril y, con apenada reticencia, pronunció las palabras de condena. Y bajo la maldición de

un Dios ofendido, la higuera se marchitó. Dios ayudó a su pueblo a aplicar esta lección mientras siga habiendo tiempo.

“Inmediatamente antes de su ascensión, Cristo dijo a sus discípulos: ‘Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’. El pueblo de Dios no cumple hoy este encargo como debiera. El egoísmo le impide recibir estas palabras con su solemne significación.

“En muchos corazones parece haber apenas un hábito de vida espiritual. Esto me tristece mucho. Temo que no se haya mantenido una lucha agresiva contra el mundo, la carne y el demonio. Debido a un cristianismo medio muerto, ¿continuaremos alentando el egoísta y codicioso espíritu del mundo, compartiendo su impiedad y favoreciendo su falsedad? ¡No! Por la gracia de Dios, seamos constantes en los principios de la verdad, manteniendo firme hasta el fin el principio de nuestra confianza. Hemos de ser ‘no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor’ (Rom. 12:11). Uno es nuestro Maestro, Cristo. A él hemos de mirar. De él hemos de recibir nuestra sabiduría. Por su gracia hemos de preservar nuestra integridad, permaneciendo delante de Dios en humildad y contrición, y

representándolo ante el mundo.

“Ha habido gran demanda de sermones en nuestras iglesias. Los miembros han dependido de las declamaciones del púlpito, en vez de depender del Espíritu Santo. No habiendo sido demandados y no habiendo sido usados, los dones espirituales que les fueron concedidos han menguado hasta ser débiles. Si los ministros avanzaran en nuevos campos, los miembros se verían obligados a llevar responsabilidades, y sus facultades aumentarían al ser usadas.

“Contra los ministros y los miembros Dios presenta graves acusaciones de debilidad espiritual, cuando dice: ‘Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas’ (Apoc. 3:15-18). Dios demanda un reavivamiento y una reforma espirituales. A menos que suceda esto, los que son tibios serán cada vez más detestables para el Señor, hasta que él rehúse reconocerlos como a sus hijos.

“Debe realizarse un reavivamiento y una

reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas. La reforma no producirá los buenos frutos de justicia a menos que esté relacionada con el reavivamiento del Espíritu. El reavivamiento y la reforma han de efectuar su obra asignada y deben entremezclarse al hacer esta obra.

“No sois vuestros [...], pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios’. ‘Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos’. Cristo dio su vida por una raza caída, dejándonos un ejemplo para que siguiéramos sus pisadas. Quien esto haga, oirá las palabras de aprobación: ‘Bien, buen siervo y fiel [...]. Entra en el gozo de tu señor’.

“La palabra del Señor nunca reprime la actividad. Aumenta la utilidad del hombre guiando sus actividades en la debida dirección. El Señor no deja al hombre sin una meta. Pone ante él una herencia inmortal y le da una verdad ennoblecadora para que pueda avanzar en una senda cierta y segura, en pos de aquello

que merece la consagración de sus más altos potenciales: una corona de vida eterna.

“A medida que el hombre continúa conociendo al Señor aumenta en poder. Al esforzarse por alcanzar la norma más elevada, la Biblia es como una luz para guiar sus pasos hacia el cielo. En esa Palabra encuentra que puede ser hijo de Dios, miembro de la familia real, coheredero con Cristo de una herencia inmortal.

“El libro guía le señala la patria celestial y las inescrutables riquezas y tesoros del cielo. Avanzando en el conocimiento del Señor se está asegurando eterna felicidad. Día tras día, la paz de Dios es su recompensa y por la fe contempla un hogar de eterna luz, libre de toda tristeza y frustración. Dios dirige sus pasos y lo guarda de caer.

“Dios ama a su iglesia. Hay cizaña mezclada con el trigo, pero el Señor conoce a los suyos. ‘Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El vencedor será vestido de vestiduras blancas, y no borrará su nombre del libro de la vida, y confesará su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias’.

“¿No tendrá el consejo de Cristo efecto en las iglesias? ¿Por qué vaciláis entre dos opiniones los que conocéis la verdad? ‘Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él’. Los seguidores de Cristo no tienen ningún derecho

a ocupar el terreno de la neutralidad. Hay más esperanza en un enemigo declarado que en alguien que es neutral.

“Responda la iglesia a las palabras del profeta: ‘¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti! Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria’.

“El pueblo de Dios ha perdido su primer amor. Ahora debe arrepentirse y avanzar firmemente en la senda de la santidad. Los propósitos de Dios alcanzan todas las fases de la vida. Son inmutables y eternos; y en el momento señalado serán ejecutados. Durante un tiempo puede parecer que Satanás tiene todo el poder en sus manos; pero nuestra confianza está en Dios. Cuando nos acerquemos a él, él se acercará a nosotros y obrará con gran poder para lograr sus propósitos misericordiosos.

“Dios reprende a su pueblo por sus pecados para poder humillarlo y llevarlo a buscar su rostro. Al reformarse, y al revivir el amor del Señor en el corazón de su pueblo, los ruegos de este encuentran las amantes respuestas de Dios. Este fortalecerá a su pueblo en la acción reformadora, erigiendo para este una norma contra el enemigo. Su rica bendición descansará sobre su pueblo, que, con rayos brillantes, reflejará la luz del cielo. Después, una multitud ajena a su fe, viendo que Dios

está con su pueblo, se unirá a este en el servicio del Redentor”.–*Review and Herald*, 25 de febrero de 1902.

“Para la iglesia primitiva, la esperanza de la venida de Cristo era una esperanza bienaventurada, y el apóstol representó a sus miembros aguardando el descenso desde el cielo del Hijo de Dios y amando su aparición. Mientras esta esperanza fue acariciada por los profesos seguidores de Cristo, fueron una luz para el mundo. Pero no era el designio de Satanás que fueran una luz para el mundo [...]. Satanás obró por causar apostasía en la iglesia primitiva; y, en el logro de su propósito, se introdujeron doctrinas a través de las que la iglesia fue leudada de incredulidad en Cristo y en su venida. El adversario de Dios y del hombre proyectó su sombra infernal en la senda de los creyentes y atenuó su estrella de esperanza, incluso su fe en la gloriosa aparición del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.

“La esperanza que había sido tan preciosa para ellos perdió sus atractivos; porque los engaños especiosos de Satanás casi extinguieron por entero la luz de la salvación por los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, y se llevó a los hombres a buscar la realización de una expiación a través de obras propias, con ayunos y penitencias, y a través del pago de dinero a la iglesia. Era más agradable al corazón natural buscar justificación así que buscarla a través del

arrepentimiento y la fe, a través de la creencia en la verdad y de su obediencia.

“Durante las eras de la apostasía, las tinieblas cubrieron la Tierra y gran oscuridad al pueblo; pero la Reforma despertó a los habitantes de la Tierra de su sueño mortal, y muchos se apartaron de sus vanidades y de sus supersticiones, de sacerdotes y penitencias, para servir al Dios vivo, al buscar en su santa Palabra la verdad como un tesoro oculto.

Empezaron diligentemente a explotar la mina de la verdad, disipar la basura de la opinión humana que había sepultado las preciosas joyas de la luz. Pero tan pronto como empezó la obra de reforma, Satanás, con propósito determinado, buscó con tanto mayor ahínco atar la mente de los hombres en la superstición y el error [...].

“Lo que Satanás ha llevado a los hombres a hacer en el pasado los llevará a hacerlo de nuevo, si es posible. La iglesia primitiva fue engañada por el enemigo de Dios y del hombre, y se introdujo la apostasía en las filas de los que profesaban amar a Dios; y hoy, a no ser que el pueblo de Dios despierte del sueño, será sorprendido por los ardides de Satanás. Entre los que pretenden creer en la pronta venida del Salvador, ¡cuántos son apóstatas, cuántos han perdido su primer amor y cuadran con la descripción escrita de la iglesia laodicense, que dice que no son ni fríos ni calientes! Satanás pondrá todo su empeño en mantenerlos en un estado de indiferencia y

estupor. Quiera el Señor revelar a la gente los peligros que afronta, para que pueda despertar de su sueño espiritual y aderezar su lámpara y ser hallado velando la llegada del Esposo cuando vuelva de la boda.

“Los días en que vivimos son ajetreados y están repletos de peligro. Las señales de la llegada del fin se prodigan a nuestro alrededor, y suceden acontecimientos que tendrán un carácter más terrible que cualquiera que el mundo haya contemplado hasta ahora [...].

“Escudriñe las Escrituras como nunca antes todo el que profese creer que el Señor viene pronto, pues Satanás está determinado a probar todo artificio posible para mantener a las almas en tinieblas y cegar las mentes para que no vean los peligros de los tiempos en que vivimos. Estudie su Biblia cada creyente con oración ferviente, para que pueda ser iluminado por el Espíritu Santo en cuanto a lo que es verdad, a fin de que pueda saber más de Dios y de Jesucristo a quien él ha enviado.

Escudriñad las verdades como si fueran tesoros escondidos y chasquead al enemigo. El tiempo de prueba está precisamente delante de nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra. Esto es así, porque la obra de cada uno a quien ha llegado el mensaje de amonestación es la de exaltar a

Jesús, presentarlo al mundo tal como está revelado en figuras y bosquejado en símbolos, tal como es manifestado en la revelación de los profetas, tal como es revelado en las lecciones dadas a sus discípulos y en los milagros maravillosos efectuados para los hijos de los hombres. Escudriñad las Escrituras, pues ellas son las que dan testimonio de Cristo.

“Si queréis salir incólumes del tiempo de angustia, debéis conocer a Cristo y apropiaros del don de su justicia, la cual imputa al pecador arrepentido. La sabiduría humana sería inútil para idear un plan de la salvación. La filosofía humana es vana, los frutos de los más altos poderes del hombre carecen de valor fuera del gran plan del divino Maestro.

Ninguna gloria ha de redundar en beneficio del hombre; toda la ayuda y la gloria humanas yacen en el polvo; porque la verdad como es en Jesús es el único agente disponible mediante el cual el hombre puede ser salvo. El hombre tiene el privilegio de conectarse con Cristo, y entonces se combinan lo divino y lo humano; y solo en esta unión debe descansar la esperanza del hombre; porque cuando el Espíritu de Dios toca el alma se avivan los poderes del alma y el hombre se convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús [...].

“El tema que atrae el corazón del pecador es Cristo y Cristo crucificado. Sobre la cruz del Calvario Jesús se revela al mundo en un amor sin paralelo. Presentadlo a las multitudes hambrientas, y la luz de su amor ganará a los

hombres y los llevará de las tinieblas a la luz, de la transgresión a la obediencia y la verdadera santidad. La contemplación de Cristo en la cruz del Calvario despierta la conciencia para que perciba el carácter odioso del pecado como no puede hacerlo ninguna otra cosa. Precisamente el pecado causó la muerte del amado Hijo de Dios, y el pecado es transgresión de la ley. En él se depositó la iniquidad de todos nosotros. El pecador admite entonces que la ley es buena; porque se da cuenta de que condena sus actos malvados a la vez que magnifica el inigualable amor de Dios al proporcionarle salvación mediante la justicia imputada de Aquel que no conoció el pecado, en cuya boca no se halló engaño”. –*Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892 ‘The Perils and Privileges of the Last Days’ [Los peligros y los privilegios de los últimos días].

“La verdad es eficaz y, al obedecerla, es poder que transforma la mente a la imagen de Cristo. La verdad tal cual es en Jesús es la que sensibiliza la conciencia y convierte la mente y el corazón mediante el Espíritu Santo. Sin embargo, hay muchos que, careciendo de discernimiento espiritual, toman la letra desnuda de la Palabra y la encuentran desprovista del Espíritu de Dios, lo cual no vivifica la mente ni santifica el corazón. Pueden ser capaces de citar el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y conocer las órdenes y las promesas de la Palabra de

Dios, pero a menos que el Espíritu Santo afirme la verdad en el corazón e ilumine la mente con la luz divina, nadie caerá sobre la Roca y será quebrantado, porque él es el agente divino que vincula al creyente con Dios.

“Sin la iluminación del Espíritu de Dios no estaremos en condiciones de discernir entre la verdad y el error. En consecuencia, caeremos en las trampas y los engaños maestros que Satanás armará para el mundo. Estamos cerca del fin de la controversia entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas, y pronto los engaños del enemigo probarán nuestra fe. Satanás obrará milagros en presencia de la bestia, y engañará ‘a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia’ (Apoc. 13:14).

“Pero, aunque el príncipe de este mundo cubra la tierra de oscuridad y tinieblas, el Señor manifestará a la gente su poder de conversión [...].

“La obra del Espíritu Santo es inconmensurablemente grande. De esta Fuente los servidores de Dios reciben poder y eficiencia. El Espíritu Santo es el Consolador y, al mismo tiempo, es la presencia personal de Cristo en el creyente. Gracias al Espíritu, el que contemple a Cristo con la fe simple de un niño participará de la naturaleza divina. Al ser guiados por el Espíritu de Dios, podemos comprender que en él somos perfectos gracias a aquél que es la cabeza de todas las cosas. Del mismo modo como Cristo fue glorificado en los

días del Pentecostés, también lo será cuando culmine la obra del evangelio, ocasión en que él preparará a cada creyente para la prueba final que vendrá al finalizar el gran conflicto.
[...]

“Cuando la tierra sea iluminada con la gloria de Dios, veremos una obra similar a la que realizaron los discípulos, quienes, al recibir al Espíritu Santo en plenitud, fueron llevados a predicar con poder acerca del Salvador resucitado. La luz del cielo penetró en las oscuras cámaras de la mente de los que fueron engañados por los enemigos de Cristo. Esto les permitió rechazar una falsa representación suya. Gracias a la virtud del Espíritu Santo, también podemos contemplar al exaltado Príncipe y Salvador que dio a Israel arrepentimiento y remisión de sus pecados. Lo vieron circundado de la gloria del cielo, con infinitos tesoros en sus manos para conceder a todos los que se volvieran de su rebelión. Al presentar los apóstoles la gloria del Unigénito del Padre, tres mil almas se convencieron. Se vieron a sí mismos tales cuales eran, pecadores y corrompidos, y vieron a Cristo como su Amigo y Redentor. Cristo fue elevado y glorificado por el poder del Espíritu Santo que descansó sobre los hombres. Por la fe, estos creyentes vieron a Cristo como Aquel que había soportado la humillación, el sufrimiento y la muerte, a fin de que ellos no pereciesen, sino que tuvieran vida eterna. Al contemplar su justicia inmaculada, vieron su propia

deformidad y contaminación y quedaron henchidos de temor santo, de amor y adoración hacia Aquel que dio su vida como sacrificio por ellos. Humillaron su alma hasta el mismísimo polvo y se arrepintieron de sus obras malvadas y glorificaron a Dios por su salvación [...].

“La revelación de Jesús por medio del Espíritu de Dios les hizo sentir su poder y majestad, que los llevó a estrechar por fe la relación con él al punto de expresar: ‘Yo creo’. Esto sucedió en los días de la lluvia temprana; pero en la lluvia tardía será mucho más abundante. El Salvador será glorificado, y la tierra será iluminada con la gloria de los brillantes rayos de su justicia. Él es la fuente de la luz, y la luz procedente de los portales entreabiertos han estado brillando sobre el pueblo de Dios, para que puedan exaltar su glorioso carácter delante de los que aún permanecen en la oscuridad.

“Cristo no ha sido presentado en conexión con la ley como un fiel y misericordioso Sumo Sacerdote, que fue tentado en todos los puntos como nosotros, aunque sin pecado. No ha sido alzado ante el pecador como el divino sacrificio. Su labor como sacrificio, sustituto y garantía solo ha sido aborda de forma fría y casual; pero esto es lo que el pecador precisa conocer. El pecador debe ver a Cristo en su plenitud como Salvador que perdona el pecado; porque el inigualable amor de Cristo, mediante la intervención del Espíritu Santo,

llevará convicción y conversión al corazón endurecido.

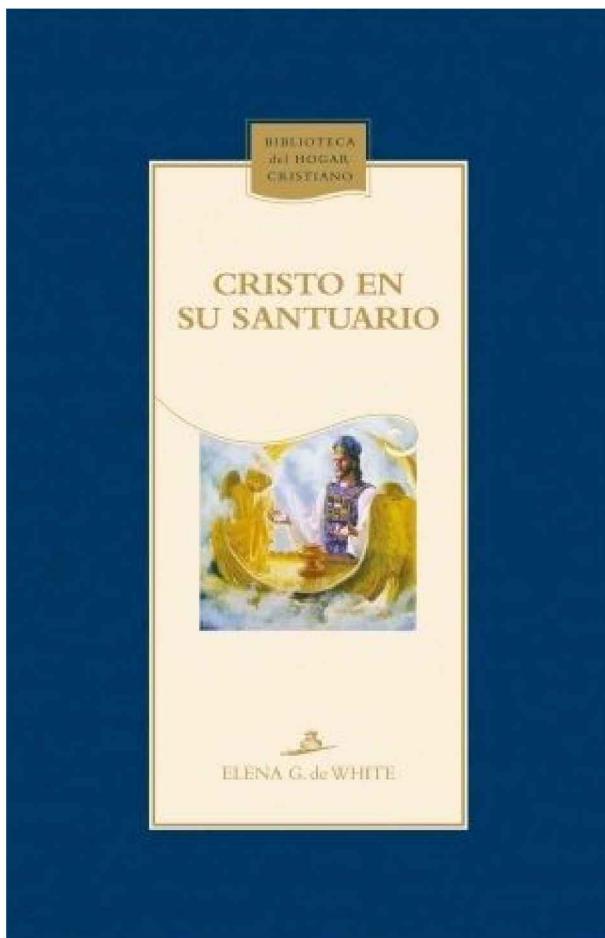
“Precisamente la influencia divina es el sabor de la sal en el cristiano. Muchos presentan las doctrinas y teorías de nuestra fe; pero su presentación es como sal sin sabor; pues el Espíritu Santo no está trabajando por medio de su ministerio falto de fe. No han abierto el corazón para recibir la gracia de Cristo; no conocen la operación del Espíritu; son como harina sin levadura; pues no hay ningún principio activo en toda su labor, y dejan de ganar las almas para Cristo. No se apropián de la justicia de Cristo; es un manto que no ha sido usado por ellos, una plenitud desconocida, una fuente no aprovechada.

“¡Ojalá la obra expiatoria de Cristo se estudiase con minuciosidad! ¡Ojalá que todos estudiaran con atención y oración la palabra de Dios, no para capacitarse para debatir puntos de doctrina controvertidos, sino para ser colmados como almas hambrientas, para, como los sedientos, ser refrescados en la fuente de la vida! Precisamente cuando escudriñamos las Escrituras con corazón humilde, sintiendo nuestra debilidad y nuestra indignidad, Jesús se revela a nuestra alma en toda su belleza.

“Cuando nos convirtamos en partícipes de la naturaleza divina, contemplaremos con repugnancia toda nuestra exaltación del yo, y lo que hemos acariciado como sabiduría parecerá escoria y basura. Los que se hayan

formado como polemistas, los que se han considerado a sí mismos personas agudas y penetrantes, verán su obra con pena y vergüenza y sabrán que su ofrenda ha tenido tan poco valor como la de Caín, porque ha estado destituida de la justicia de Cristo.

“¡Ojalá que como pueblo pudiéramos humillar nuestro corazón ante Dios y suplicarle la dote del Espíritu Santo! Si acudiésemos al Señor con humildad y contrición de alma, él contestaría nuestras peticiones; porque dice que está más dispuesto a darnos el Espíritu Santo que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Entonces Cristo sería glorificado, y en él discerniríamos la plenitud de la Divinidad corporalmente. Porque Cristo dijo del Consolador: ‘Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber’. Esto es lo más esencial para nosotros. Porque ‘esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado’ ”.—*Review and Herald*, 29 de noviembre de 1892 ‘The Perils and Privileges of the Last Days’ [Los peligros y los privilegios de los últimos días].



Cristo en su Santuario

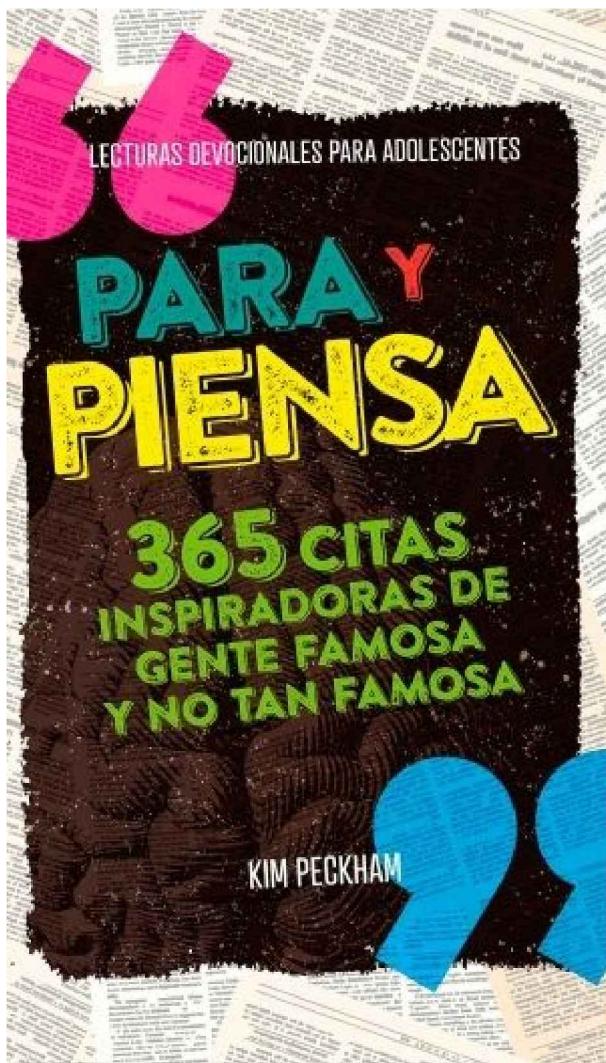
de White, Elena G.

9789877980776

143 Páginas

"El pueblo de Dios debería comprender claramente el tema del Santuario y el juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote" (El conflicto de los siglos, pág. 542). "Sé que la cuestión del

Santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, está basada en justicia y verdad. El enemigo es quien desvía y distrae las mentes. Le agrada cuando los que conocen la verdad se dedican a colecciónar textos para amontonarlos en derredor de teorías erróneas que no tienen fundamente en la verdad. Los pasajes de la Escritura así empleados están mal aplicados; no fueron dados para sostener el error sino para fortalecer la verdad" (Obreros evangélicos, pág. 318).



Para y piensa

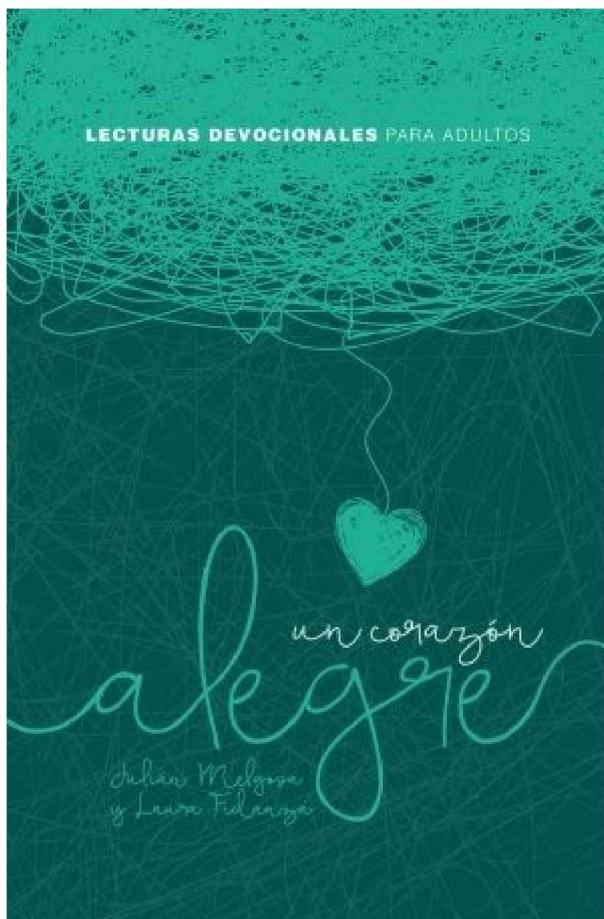
Peckham, Kim

9789877980554

384 Páginas

A veces las citas pueden ser graciosas. A veces pueden ser

inspiradoras. A veces son famosas. Y, a veces, nos hacen detenernos y pensar. Cada lectura devocional de Para y piensa comienza con una cita. Reconocerás algunas de ellas, como: La curiosidad mató al gato. Al que madruga, Dios lo ayuda. La limpieza sin duda está al lado de la piedad. Y algunas no serán tan fáciles de reconocer. Crecí como una maleza olvidada: desconocía la libertad. El que ha superado sus miedos será verdaderamente libre. La mejor terapia curativa es la amistad y el amor. Pero la idea es que todas te hagan detenerte a pensar, y a examinar tus valores y las decisiones que tomas cada día. La mayoría de estas citas son de personas famosas. Algunas se le atribuyen a la tradición. Otras fueron dichas por alguien demasiado insignificante como para recordar quién era, pero no tienes que ser famoso para marcar la diferencia. Cada día comienza con una cita y termina con un versículo bíblico, para recordarnos que la verdadera sabiduría viene solo de Dios. Si pasamos tiempo con él, cualquiera (incluso un adolescente anónimo) puede marcar la diferencia.



Un corazón alegre

Melgosa, Julián

9789877980530

376 Páginas

El ser humano fue creado para ser feliz, para relacionarse de forma perfecta con su Creador y con su prójimo, para estar lleno de serenidad y amor. Hoy, a pesar del pecado y de los desafíos que presenta la vida, el ideal de Dios para tu vida

sigue siendo la felicidad. Un corazón alegre presenta meditaciones diarias, divididas por temas, para fortalecer tu autoestima y tus relaciones familiares, así como para afianzar tus valores. Además, incluye mensajes que te ayudarán a hacer frente a la ansiedad, la depresión y a vivir con la certeza de la salvación por la gracia de Dios, entre otros.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA DAMAS

Un día a la vez



Patricia Muñoz Bertozzi

Un día a la vez

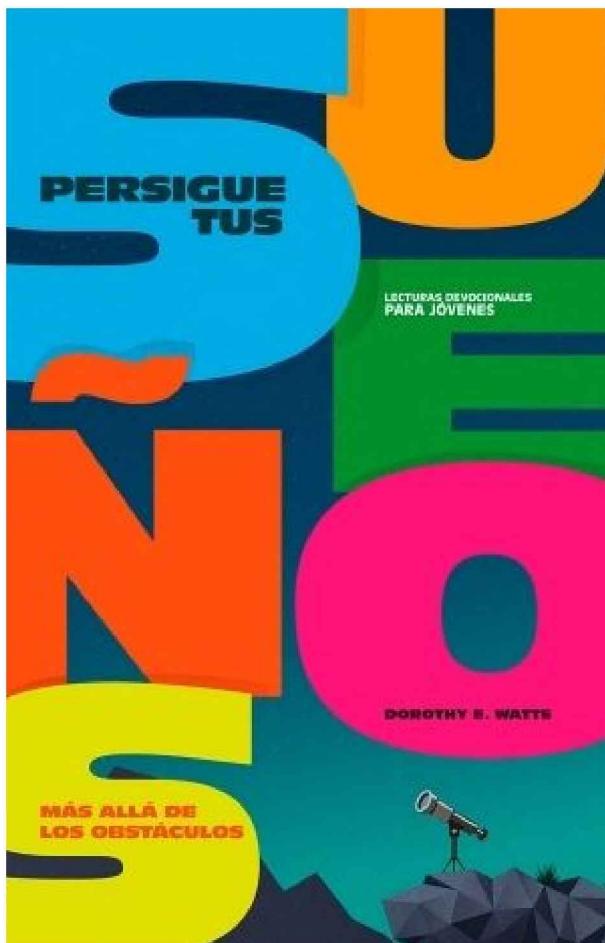
Muñoz Bertozzi, Patricia

9789877980547

376 Páginas

Cada día nos llega con sus bendiciones y sus dificultades. Para saber entender y aceptar plenamente unas y otras hace falta sabiduría; esa sabiduría que viene de lo alto y de la que

encontramos las claves en la Biblia. Un día a la vez intenta poner a tu alcance, en pequeñas dosis diarias, esas gemas de sabiduría que Dios nos ha dejado en su Palabra, para que en este año vivas... creciendo en la gracia... motivada a ser la mejor tú que puedes llegar a ser; inspirada cada día a estrechar tu relación con Dios; libre de angustias y temores; comprometida con el evangelio y siendo una luz para los demás. Disfruta de estas 366 lecturas pensadas especialmente para ti, que eres mujer.



Persigue tus sueños

Watts, Dorothy E.

9789877980561

384 Páginas

Este libro de lecturas devocionales está compuesto por incidentes tomados de las vidas de exploradores, inventores, reyes y reinas, músicos, atletas, predicadores y maestros,

hombres de ciencia, soldados, autores, médicos y enfermeras, estadistas y misioneros bien conocidos. En cada uno de ellos se muestra cómo utilizaron sus herramientas - talentos o circunstancias - para crear peldaños de superación o piedras de tropiezo. De sus triunfos y fracasos podemos recibir inspiración para perseguir nuestros sueños, más allá de los obstáculos.